

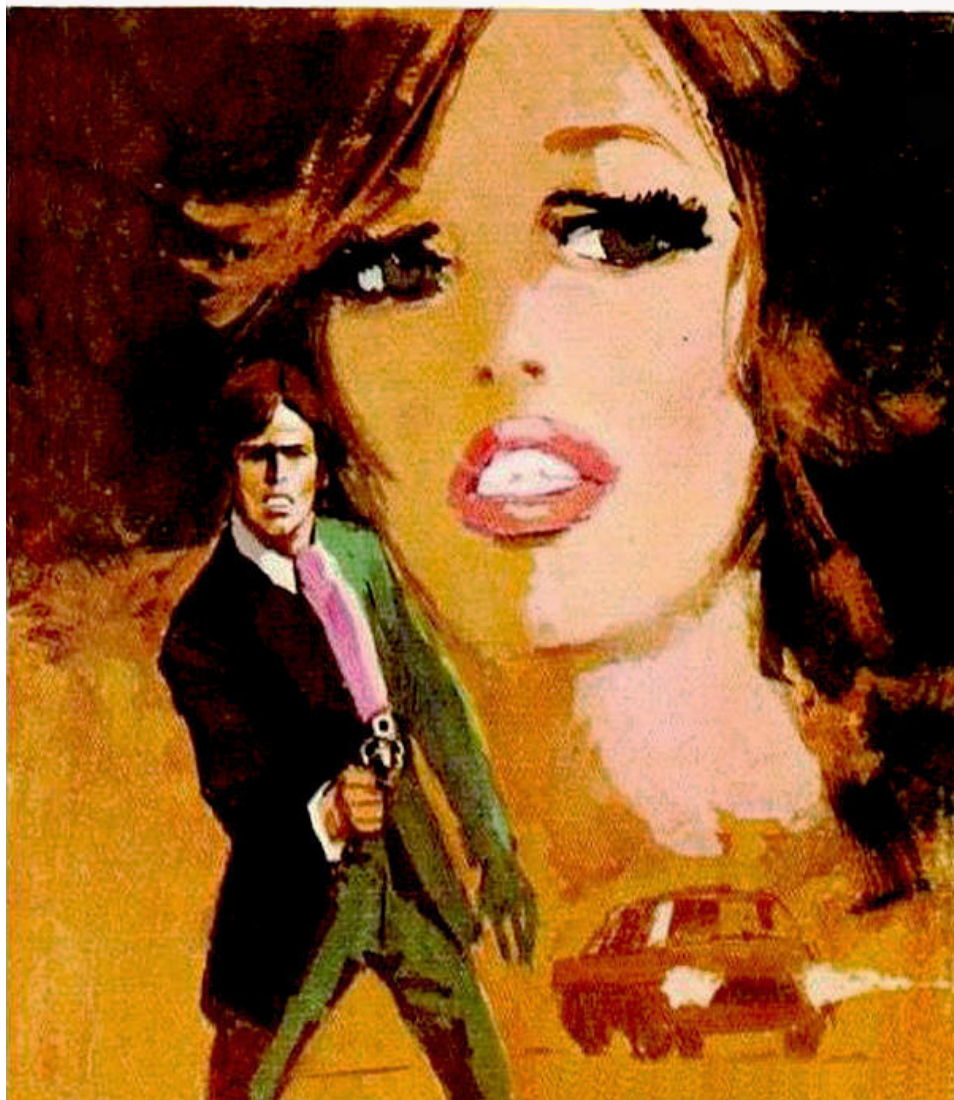
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

llanto por un espía

ray lester



La noche tendía su manto gélido, húmedo, sobre la ciudad, y las personas que se hallaban junto a la barrera de separación tenían que frotarse las manos a intervalos o pisar con fuerza para desentumecer los dedos que se helaban.

Dos personas, una femenina y otra masculina, aguardaban junto a un automóvil negro con las miradas escrutando anhelantes el espacio considerado como «tierra de nadie», entre las partes oriental y occidental de Berlín.

Pisando con fuerza el suelo escarchado, aconsejó Walt Coplan:

—Estarías mejor en el interior del coche, Gail.

La muchacha que se encontraba a su lado, de unos veinticinco años, rubia y esbelta, movió levemente la cabeza en negativa. Sus labios gordezuelos, sensitivos, seguían crispados y los bonitos ojos azules no se apartaron de la neblina que envolvía a la parte comunista.



Ray Lester

Llanto por un espía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1316

ePub r1.0

Lds 22.08.18

Título original: *Llanto por un espía*

Ray Lester, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La noche tendía su manto gélido, húmedo, sobre la ciudad, y las personas que se hallaban junto a la barrera de separación tenían que frotarse las manos a intervalos o pisar con fuerza para desentumecer los dedos que se helaban.

Dos personas, una femenina y otra masculina, aguardaban junto a un automóvil negro con las miradas escrutando anhelantes el espacio considerado como «tierra de nadie», entre las partes oriental y occidental de Berlín.

Pisando con fuerza el suelo escarchado, aconsejó Walt Coplan:

—Estarías mejor en el interior del coche, Gail.

La muchacha que se encontraba a su lado, de unos veinticinco años, rubia y esbelta, movió levemente la cabeza en negativa. Sus labios gordezuelos, sensitivos, seguían crispados y los bonitos ojos azules no se apartaron de la neblina que envolvía a la parte comunista.

—Estoy bien, Walt. Tardan demasiado en venir.

Walt Coplan consultó el reloj de pulsera.

—El canje se efectuará sin problemas, Gail. Brent Dudley lo ha preparado todo de forma meticulosa. Los comunistas están interesados en su hombre, tanto como nosotros en Hal.

—Me da cierto miedo el momento de abrazar a mi hermano, Walt —confesó la muchacha estremeciéndose a causa del frío reinante—. ¿Cómo nos lo devolverán?

Walt Coplan pensó en el agente Hal Dowson detenido por el contraespionaje ruso cuando realizaba una misión en Varsovia. Habían transcurrido veintiocho meses desde su detención. Un período de tiempo demasiado largo, para que el cautiverio no hubiese producido estragos en la personalidad de su amigo Hal.

Fruncido el ceño, se abstuvo Coplan de confiar sus preocupaciones a Gail:

—Debemos tener mucha paciencia con él, Gail.

La muchacha desvió la mirada hacia el rostro de Coplan.

—Hal y tú erais excelentes amigos, ¿verdad, Walt?

—Los mejores del mundo, Gail —respondió Coplan enronquecida súbitamente la voz—. Y espero que sigamos siéndolo.

La mente de Coplan se remontó veintiocho meses atrás. Cuando supo la detención de Hal Dawson por el jefe del departamento, Russell Tower, sufrió un duro golpe del que tardó en reponerse. A raíz de entonces conoció a Gail, porque solicitó informarla personalmente del cautiverio de su hermano.

Desde entonces la había visitado siempre que el servicio se lo permitía y entre ambos se estableció una corriente de mutua simpatía. Sólo el pensamiento de que Hal se hallaba prisionero de los rusos, enturbiaba sus relaciones.

El día que Russell Tower informó a Coplan de que los comunistas accedían a canjearlo por un espía de ellos, solicitó permiso para correr a comunicárselo a Gail.

Y pudo ver la primera sonrisa sincera en el hermoso rostro de la muchacha desde que se conocieran. Tower no tuvo inconveniente en que ella viajara a Berlín con él.

Coplan extrajo un paquete de cigarrillos con gesto maquinal y lo tendió a Gail que denegó en lenta cabezada. Se puso uno en los labios y lo encendió exhalando una bocanada de humo. A unos metros de allí, el agente Brent Dudley giró la cabeza y les dedicó una breve ojeada. Percibió Coplan la intranquilidad que comenzaba a embargarlo.

No quiso formular ningún comentario.

Walt Coplan estaba por los treinta años y su rostro era de rasgos enérgicos, duros. Nariz recta y ojos oscuros, penetrantes. Llegaba al metro ochenta y cinco de estatura y sus ochenta y dos kilos eran todo músculos.

A su lado, exclamó Gail:

—¡Allí viene!

Walt Coplan alargó el brazo y la retuvo junto al coche negro, conteniendo el lógico impulso de Gail por acudir junto a la barrera donde se encontraba Dudley con el espía ruso y los policías

alemanes que colaboraban con ellos.

—Brent se encargará de todo, Gail.

En el límite de la zona oriental habían aparecido varias personas entre la neblina gris del ambiente. Intercambiaban instrucciones con el agente Dudley y éste respondió dando su conformidad a los soviéticos, hablando a voces.

Los segundos pasaron llenos de ansiedad.

Los dos espías comenzaron a avanzar en sentido opuesto caminando erguidos, tensos por la emoción que los dominaba. Apenas si cambiaron una fugaz mirada al cruzarse en el camino.

La operación se llevó a cabo sin contratiempos.

Hal Dawson llegó junto a Brent Dudley y éste lo cogió por el brazo en gesto amistoso.

—Terminó la pesadilla, Dawson.

Hal no contestó al comentario.

Su mirada permanecía clavada en la muchacha que avanzó hacia él, y en sus ojos se condensó una irreprimible pátina que enturbió momentáneamente su visión.

Walt Coplan respetó el patético abrazo de ambos hermanos, manteniéndose a irnos pasos de distancia con el rostro crispado.

Veintiocho meses antes, Hal Dawson había sido un hombre de treinta y dos años, pleno de exuberante vitalidad, de ojos claros y carácter jovial. Ahora contemplaba a una persona envejecida prematuramente, de pálidas mejillas y labios prietos en mueca angustiada. También sus ojos brillaban febriles.

Al concluir el silencioso abrazo de los dos hermanos, avanzó Coplan y su ademán resultó torpe pasando el brazo por los hombros de Dawson y atrayéndolo fraternalmente.

También su pregunta resultó pueril:

—¿Cómo te encuentras, Hal?

Dawson clavó en su amigo una mirada inexpresiva.

—Sigo vivo, Walt —contestó lacónico Hal.

—Me alegro que estés de nuevo entre nosotros, muchacho.

—Gracias, Walt.

Gail lloraba mansamente en silencio y su hermano alargó la huesuda diestra pasándola cariñosamente por los rubios cabellos.

—Deja las lágrimas, querida —pidió con extraña entonación—. Habrá tiempo para ellas más adelante.

Fruncido el ceño, explicó Coplan:

—Ha soportado con envidiable entereza la tensión de los últimos días. Hal. Le hará bien desahogarse.

Dawson cabeceó asintiendo taciturno. Sus ojos se cruzaron con los de Walt y su amigo creyó leer en ellos una pavorosa pesadilla que continuaba latente en sus ojos clarísimos a pesar de haber quedado atrás, quizá para siempre.

Hal iba a necesitar un largo período de readaptación a la vida normal de su país. Su mirada hosca, amargada, así lo proclamaba y Coplan no pudo evitar el hondo estremecimiento que sacudió en ramalazo de cólera su espina dorsal.

Una cólera sorda hacia las personas que habían transfigurado a su amigo, durante su cautiverio.

En aquella ingrata profesión, todos sabían a lo que se exponían cuando la iniciaban. Pero jamás podría habituarse a la contemplación de hombres rotos, deshechos brutalmente.

Brent Dudley carraspeó junto a ellos.

—Sería conveniente irnos ya —dijo dirigiéndose al coche—. Esta misma noche emprenderé vuelo a los Estados Unidos, Dawson. El reactor espera nuestra llegada.

El propio Dudley se puso al volante y condujo expertamente por las acharoladas calles del Berlín occidental en dirección al aeropuerto donde aguardaba el reactor de las Fuerzas Aéreas.

El asiento posterior lo ocupaban Hal Dawson y Gail, que mantenían las manos entrelazadas. Girándose en el asiento junto a Dudley, sonrió Coplan.

—Vas a tener suerte después de todo, Hal. Podrás tirarte un par de meses tostándote al sol en cualquier playa de Florida.

La respuesta de Dawson fue fría, escueta:

—¿Tú crees, Walt?

Gail intervino también intentando romper el hielo:

—Walt se ha encargado de darme ánimos durante... tu ausencia, Hal. Se ha portado como un buen amigo.

—Ya.

Una pausa silenciosa se prolongó en el interior del coche al fracasar el intento de Walt y Gail de reanimar al pálido y ojeroso ex prisionero de los rusos.

La rompió Coplan comentando serio:

—Debemos parecerte unos estúpidos con nuestras frases banales, ¿eh, Hal? Nuestro mayor deseo es que olvides cuanto antes los meses de sufrimientos, muchacho.

Dawson apretó los delgados labios sin contestar.

Gail le oprimió las manos, agregando con entonación henchida de ternura:

—Debes procurarlo por tu propio bien, Hal.

Dawson tampoco respondió a su hermana. Se limitó a mirarlos de forma inexpresiva, ausente.

Después de una nueva pausa, inquirió de pronto:

—¿Sigue siendo Tower el cerebro que dirige todo nuestro espionaje en los países del telón de acero?

Dudley cambió una perceptible mirada con Walt Coplan y fue éste el que se encargó de aclarar:

—Todo continúa igual que antes, Hal.

Y le pareció vislumbrar cierto resquemor en la entonación de su amigo Dawson, cuando comentó:

—Tardó un poco en canjearme.

—No es imputable a nuestro jefe, Hal —replicó grave Walt—. Russell Tower lo intentó por todos los medios pero los rusos se opusieron siempre al intercambio. Los peces que teníamos en nuestro poder no eran lo suficientemente importantes.

—Comprendo.

—Haces mal en culpar a Tower, Hal —continuó Co plan—. Puedo asegurarte que hizo cuanto estuvo en sus manos.

Dawson encogió los hombros indiferente.

—Es posible.

—Es seguro, Hal, muchacho —insistió Walt—. Siempre te consideró como a uno de nuestros mejores agentes y me consta que tu cautiverio le quitó el sueño en más de una ocasión.

Las siguientes palabras de Hal Dawson rezumaron un profundo sarcasmo:

—¿Vigilaste su descanso de cerca, Walt?

Gail clavó una dolida mirada en su hermano.

—He visto al señor Tower en dos ocasiones y me pareció un gran hombre, Hal querido. No fingía al mostrar su preocupación por el hecho de que uno de sus muchachos se hallaba prisionero de los comunistas.

Dawson dejó escapar una risita hiriente, torcida.

—Una de las grandes cualidades de Russell Tower es el poder de persuasión que posee, Gail.

—Será mejor que dejemos el tema por ahora, Hal —gruñó Walt Coplan—. Hasta cierto punto es lógico tu resentimiento y es posible que otro de nosotros se comportara igual en tu lugar.

—No lo dudes, Walt.

—Pero te hará bien empezar a olvidar, Hal.

Dawson movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Trataré de hacerlo, amigo mío —y otra vez volvió el sarcasmo a su tono cuando agregó—: Si me dejáis, claro.

Aminorando la marcha del auto frente a una garita ocupada por un soldado que interceptó el paso, informó Dudley:

—Hemos llegado. Dentro de unos minutos estarán rumbo a los Estados Unidos.

En la penumbra del automóvil, ninguno de los restantes ocupantes pudo ver la mueca despectiva que se plasmó de manera fugaz en el pálido semblante del canjeado Hal Dawson.

CAPÍTULO II

Desde la ventana de la habitación donde se hospedaba desde su llegada a Washington, contempló Hal Dawson, con expresión algo ceñuda, el abigarrado tráfico de los automóviles sobre el asfalto. Apoyó la frente en los tibios cristales recalentados por el sol exterior y permaneció largos segundos en aquella postura.

Luego se giró despacio y posó la mirada en su hermana brevemente y a continuación la desvió a Walt Coplan.

—Llevo cinco interminables días soportando interrogatorios extenuantes, Walt —dijo con hastío—. He tenido que responder sin desmayo a las preguntas idénticas, que me han formulado por separado Tower, Mac Nary y Willkie. Les he dicho todo cuanto deseaban saber sobre mi cautiverio en Rusia. ¿Hasta cuándo tengo que seguir así?

Coplan levantó los hombros desalentado.

—Lo ignoro, Hal.

—Hubiese sido mejor continuar prisionero.

Gail se levantó con rapidez del sillón que ocupaba y acudió junto a su hermano con un dolido reproche en las azules pupilas.

—No digas eso, Hal, por favor.

—¿Cómo quieres que no lo diga? —replicó excitado Hal—. Puedo asegurarte que los rusos no fueron tan tenaces en sus interrogatorios. Al principio me trataron con dureza, pero cuando se convencieron de que nada más podían sacar de mí, todo cambió.

—¿Qué hicieron contigo, Hal? —quiso saber Walt.

—Me internaron en un campo de prisioneros y me dejaron en paz durante mucho tiempo. Incluso se nos permitía bajar al pueblo cercano una vez por semana y alternar con los habitantes de aquel lugar. Naturalmente, cualquier intento de evasión hubiese sido

abordado de raíz, pero eso era imposible y ellos lo sabían.

Coplan dejó escapar un suspiro pasándose la mano por el mentón.

—Te recomiendo que tengas paciencia, Hal. Debes comprender que es lógico que deseen saber todos los pormenores de estos dos años y pico que has permanecido prisionero.

Dawson soltó una breve carcajada irónica.

—Para ti todo resulta lógico, ¿verdad, Walt? Incluso el que te ordenaran convertirte en mi constante vigilante.

Coplan atirantó las facciones y apretó los labios.

—No soy tu vigilante, Hal.

—¿No? ¿Entonces por qué no te has separado de mí ni un solo instante desde que regresé?

—Saben que somos buenos amigos y en tu situación necesitas de la amistad, Hal.

Los ojos de Dawson fulguraron coléricos.

—¡Lo que necesito es sentirme realmente libre, Walt!

Coplan hizo acopios de paciencia. Notó la suplicante mirada de Gail clavada como un dardo en él y comprendió que la muchacha albergaba el temor de una reacción violenta por su parte. No, él mismo había recomendado paciencia en relación a Hal y no iba a volverse atrás en su convicción.

—Eres libre, Hal —dijo pausado—. Lamento que hayas podido pensar otra cosa.

—Me siento como un extraño, Walt —dijo Dawson iniciando un corto paseo por la amplia habitación—. Como el hijo pródigo que regresa a casa después de una fechoría y tiene que someterse al perdón de sus mayores.

Coplan advirtió un tono más sosegado en su amigo y forzó una sonrisa.

—Todo cambiará pronto, Hal. Cuando termines de hablar con nuestros jefes podrás marcharte al lugar que tú mismo elijas. Nadie te pondrá impedimentos.

Dawson sacudió la cabeza dubitativo.

—Temo que ese momento no llegue nunca.

—Verás cómo te equivocas, Hal.

Gail posó la mano en el brazo de su hermano y terció aprobativa:

—Tiene razón Walt, querido. Pronto quedarás en disposición de tomarte un largo descanso. Yo misma te acompañaré y podremos estarnos todo el tiempo que desees en Florida, o cualquier otro lugar.

Hal le dedicó una breve sonrisa.

—Puede que tengáis razón los dos. Empleando tu frase favorita, Walt: es lógico que tenga los nervios deshechos.

—Del todo, Hal.

Coplan sacó cigarrillos y durante unos minutos fumaron en silencio la muchacha y él. Dawson denegó al ofrecerle su amigo el paquete.

—Es un hábito que he perdido.

Coplan fumó taciturno mientras observaba atentamente los cortos paseos de su amigo. A pesar de que, ahora se mostraba más calmado, había algo en él que resultaba preocupante. Su mirada era fría, calculadora y al mismo tiempo recelosa. Sus pálidas facciones se crispaban con frecuencia en expresión que se tornaba hosca, malhumorada y hasta con cierto aire de agresividad.

Lo achacó a las consecuencias de su largo cautiverio.

Hal descubrió su mirada una de las veces y torció los finos labios en mueca extraña.

—Me contemplas como si estudiaras a un bicho raro, Walt —manifestó sin ambages.

Coplan sonrió denegando en lenta cabezada.

—No trates de ver lo que no existe, Hal.

—Nuestra profesión es muy ingrata, ¿eh, Walt?

—La peor de todas, Hal —convino Coplan—. Tenemos que jugarnos la piel en el más completo anonimato e incluso en algunas ocasiones algo más importante que la propia vida. Nadie nos echa de menos el día que faltamos y jamás debemos esperar una recompensa.

—Os olvidáis de los familiares —recordó Gail con aire recriminatorio.

—Ésa es otra carga —dijo Dawson adusto—. Nosotros sólo podemos dar disgustos a nuestras familias. Por esa razón, el mejor espía es el que carece por completo de lazos familiares.

—Gracias, Hal —exclamó con sorna Gail.

Dawson fue hasta su hermana y le pasó la diestra por los

cabellos en gesto maquinal.

—Hablo generalizando, Gail. Para mí ha sido muy doloroso todo lo sucedido. Me constaba que tú sufrías por mi ausencia y sobre todo por ignorar la suerte que estaba corriendo. Era un motivo más de preocupación para mí.

Gail le sonrió con ternura.

—Afortunadamente, todo quedó atrás, Hal.

Dawson no dijo nada de momento. Dio la impresión de que analizaba en su mente cada palabra antes de pronunciarla. Después murmuró moviendo la cabeza con pesar:

—Me temo que estás equivocada, hermanita —y haciendo una breve pausa, agregó—: Sigues teniéndome la misma confianza de siempre, ¿verdad, Gail?

La muchacha lo miró extrañada.

—Desde luego, Hal. ¿A qué viene la pregunta?

—No te preocupes —se apresuró a responder él tratando de quitar importancia a su anterior comentario—. Reconforta saber que existe una persona que seguirá confiando en uno.

Coplan arqueó las cejas en su asiento.

—Escucha, Hal, si nos ocultas algo que deberíamos saber...

—No es lo que piensas, Walt —cortó gélido Dawson—. He comunicado a nuestros superiores todo cuanto los rusos lograron sacarme del cerebro. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Dawson lo miró largamente y emitió una risita que a Walt se le antojó enigmática sin poder explicarse la razón. Y tuvo el convencimiento de que su amigo mentía al decir:

—Puedo volver al servicio activo.

Gail lo miró con expresión alarmada.

—Hal, yo...

La interrumpió Coplan dando un manotazo al aire.

—Eso no sucederá, Hal. Te darán la baja como ha ocurrido con otros compañeros anteriormente.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello.

—Los médicos que me han examinado coinciden en que mi estado de salud es perfecto. Algo desnutrido y bajo de forma física, pero eso es todo.

Coplan compuso una mueca.

—Vamos, vamos, Hal, no trates de alarmar a Gail. Te consta que nunca volverás al servicio activo.

En los ojos de Dawson hubo un destello y se disponía a replicar a su compañero, cuando el teléfono repiqueteó en la habitación. Se adelantó Walt incorporándose.

—Walt Coplan.

Al otro lado del hilo, alguien estuvo hablando por espacio de un par de minutos y dijo Coplan:

—Conozco el sitio, señor.

De nuevo permaneció escuchando lo que le decían a través del hilo y antes de ahorquillarlo, cabeceó afirmativamente.

—Saldremos ahora mismo, señor.

Giróse a los dos hermanos e informó risueño:

—Se acabaron los interrogatorios oficiales, Hal. Tower nos espera en su villa particular y después de una breve charla amistosa te concederá permiso para largarte adonde quieras en compañía de Gail. Y lo siento de veras, porque me voy a quedar solo y desamparado.

Dawson no cambió la expresión grave de su rostro ante la broma final de Coplan. Por el contrario, inquirió tenso:

—¿Dónde tenemos que ver a Tower, Walt?

—En una villa situada a varias millas de aquí, junto a la costa. En la carretera de Annapolis.

Gail se dispuso a coger su abrigo de uno de los armarios, pero se inmovilizó al escuchar a Walt:

—Debemos ir nosotros solos, Gail.

Y ante la expresión defraudada de la chica, bromeó:

—Puedes ir preparando las maletas mientras tanto.

Pero Hal Dawson cortó en tono brusco:

—Será mejor que no te des prisa, hermanita.

Y a continuación hizo algo que sorprendió completamente a Walt Coplan y a su propia hermana.

Se aproximó a ella y la besó en la mejilla, diciendo con voz ronca:

—Hasta la vista, Gail.

CAPÍTULO III

El «Pontiac», conducido por Walt Coplan, abandonó la autopista y se internó por una pintoresca y serpenteante carretera que bordeaba las múltiples calas de aquella parte de la costa atlántica. El firme era bueno a pesar de las numerosas curvas ascendentes.

El cielo tenía tonalidades grises que contrastaban con el color verdoso del mar y la vegetación circundante, poniendo pinceladas de extraordinaria belleza, que no apreciaba Hal Dawson sentado junto a su compañero.

En todo el trayecto apenas si habían cambiado algunos monosílabos.

—Me alegro de que te dejen en paz finalmente, Hal —dijo Walt intentando una vez más romper el hielo que Dawson interponía voluntariamente entre ellos.

Una actitud que empezaba a resultar extraña e incomprensible, pensó Coplan al seguir taciturno Dawson.

Veintiocho meses de duros interrogatorios con métodos especiales, por parte de cualquier servicio de contraespionaje, resultaba una prueba agotadora para un ser humano. Pero el propio Dawson había manifestado que los rusos no se mostraban demasiado crueles.

De todas formas, Hal Dawson se encontraba ahora entre amigos y su comportamiento resentido y rencoroso estaba desplazado. No tenía enemigos a su alrededor, sino amigos deseosos de su rehabilitación.

Súbitamente, inquirió Hal:

—¿Qué te dijo exactamente Tower?

Coplan tardó muy pocos segundos en contestar, cogido por sorpresa.

—En la villa nos aguardan Mac Nary y él. Desean darte las últimas instrucciones y seguramente informarte sobre tu futuro. Después te concederán unas vacaciones.

Dawson rió ásperamente.

—O sea; que sólo faltará Herbert Willkie para que la plana mayor de jefazos esté presente, ¿no?

Coplan prefirió no responder al sarcástico comentario de su amigo. Después de rodar un trecho en silencio, sugirió sin apartar la vista de la cinta asfaltada:

—Desahogarse con un amigo es beneficioso en muchos casos, Hal. Tú y yo lo somos desde hace años.

Dawson chasqueó la lengua moviendo la cabeza.

—Pero somos mayorcitos para llorar en el hombro del amigo, ¿no te parece, Walt?

—Haría lo imposible por comprenderte.

Dawson volvió a soltar una risita incrédula.

—¿Estás seguro, Walt? Bien; espero que puedas comprenderme en lo sucesivo, muchacho. Es posible que me haga falta toda la comprensión del mundo.

—¿A qué te refieres, Hal?

—Lo sabrás después de mi entrevista con Tower y Mac Nary.

Coplan aprovechó una pequeña recta en la tortuosa carretera para desviar la mirada y clavarla intrigado en el hombre que se sentaba a su lado. Escrutó su impenetrable semblante y acabó por forzar una leve sonrisa.

—Me estás intrigando, Hal.

—Ya falta poco para que se aclaren tus dudas, Walt. Y otra cosa..., me gustaría que te casases con Gail. Es una gran chica y puede ser una excelente compañera.

Coplan frunció el ceño cada vez más perplejo.

—Oye, Hal..., ¿quieres dejarte de rodeos de una maldita vez? Estoy de acuerdo en que Gail puede ser una esposa extraordinaria y precisamente mi intención es pedirle que se case conmigo ahora que tú has vuelto. Pero tienes una forma de decir las cosas...

—Cuidado con esa curva, Walt.

—¡Al infierno las curvas! —Gruñó Coplan exasperado—. Cuando regresemos a la ciudad voy a sacarte los motivos que te tienen amargado desde que llegaste, ¿estamos, Hal?

—De acuerdo, muchacho.

Pasada la curva, Coplan introdujo el «Pontiac» en un desvío descendente hacia la playa y minutos después aparecía ante el parabrisas una villa solitaria en un claro de la vegetación. Se trataba de una construcción ordinaria de una sola planta y rodeada de un pequeño jardín sin verjas protectoras. Sólo un barandaje de madera de un metro escaso de altura, contorneaba los límites de la propiedad.

Al detener el coche Coplan, se aproximó a ellos un tipo de cabellos cobrizos y facciones achatadas.

—Habéis llegado pronto —dijo a modo de saludo mientras los dos amigos descendían—. ¿Cómo te va, Dawson?

Hal encogió los hombros.

—Bien, Morris.

Preguntó Coplan:

—¿Nos esperan?

—Podéis entrar, muchachos.

Walt se dirigió a la entrada de la villa flanqueada por dos pequeñas columnas y antes de que llegaran a la puerta se abrió ésta y en el hueco se enmarcó un individuo de mediana edad y rostro anguloso.

Stow Mac Nary invitó deferente:

—Adelante, señores. El jefe los aguarda. Walt y Dawson siguieron a Mac Nary hasta el *living-room*, donde el cerebro que dirigía todas las operaciones de espionaje tras el telón de acero, les dedicó una vaga sonrisa sosteniendo un vaso de *whisky* en la diestra.

Russell Tower era un hombre de unos cincuenta y cinco años, obeso y de calva incipiente. Daba un falso retrato de su verdadera personalidad bajo un aspecto bonachón y amable. Se encargaba de desmentir la primera engañosa impresión, su mirada inteligente, penetrante. En realidad estaba considerado por sus inferiores como un enorme gato adormilado que siempre tenía las uñas afiladas y dispuestas a pegar un zarpazo en el instante menos esperado.

Mirando a Dawson, preguntó blandamente:

—¿Cómo se encuentra, muchacho?

—Bien, señor.

—Observo algo de cansancio en su expresión, Dawson. Y un tono demasiado grave en su voz.

Hal Dawson volvió a ser áspero de forma intencionada.

—Cuénteme un chiste y a lo mejor suelto una carcajada, señor.

Respingaron sorprendidos Coplan y Mac Nary, pero Russell Tower rió bajito llevándose el vaso a los labios. Después de un breve trago cabeceó en sentido afirmativo.

—Me agrada comprobar que sigue con el mismo sentido del humor, muchacho. Una cualidad que apruebo en los agentes a mis órdenes, siempre que sea constructivo.

Hal Dawson arqueó las cejas con sorna.

—¿Constructivo, señor?

—Exacto, muchacho. Un hombre dispuesto a bromear a costa de tu propia desgracia, es un triunfador en potencia. Se sobrepondrá mejor que un pesimista.

—Comparto la misma opinión, señor. Nadie puede arrebatarnos el derecho al pataleo.

Russell Tower aprobó en lenta cabezada.

—Usted podrá patalear a gusto en cualquier playa de Miami, California o donde le plazca, Dawson. Consideramos que ha respondido sinceramente a nuestras preguntas y tiene perfecto derecho a tostarse al sol que revitalizará sus músculos.

En tono hiriente, indagó Dawson:

—Siempre que no se me ocurra salir de los Estados Unidos, ¿verdad, señor? Sería mal visto que decidiera tomar el sol en Acapulco, Río de Janeiro o cualquier otro país de Sudamérica, ¿verdad, señor?

—Disponemos de lugares extraordinarios dentro de los Estados para unas vacaciones, muchacho. ¿Qué manía tienen ustedes los jóvenes por esos sitios exóticos?

Dawson asintió lentamente sin apartar la mirada de Tower.

—Comprendo perfectamente, señor.

Russell Tower bebió el contenido del vaso que sostenía entre los gordezuelos dedos y depositó los redondos ojos en Walt Coplan, que se mantenía silencioso.

—¿Tiene inconveniente en hacer compañía a Morris unos minutos, Coplan? Lo que tenemos que charlar con su amigo Dawson carece de verdadera importancia, pero es preferible que sea confidencial.

—Desde luego, señor —afirmó Coplan.

Y dando media vuelta abandonó el *living-room* en dirección a la salida de la vivienda. Divisó a Morris junto al «Pontiac» con un cigarrillo en los labios y extrajo su propio paquete avanzando hacia él.

Lo contempló Morris y al llegar junto al coche comentó:

—Mal asunto ése de caer prisionero en una misión, ¿en, Walt?

Coplan compuso una mueca de preocupación y encendiendo el cigarrillo que sostenía en los labios, aspiró con fruición el humo exhalando luego una bocanada.

—Lo peor que puede ocurrirnos, Morris. En ocasiones es preferible un balazo que acabe con rapidez, antes de caer en manos del contraespionaje enemigo.

—Desde luego. Dawson las está pasando canutas.

—Puedes hacerte una idea.

Walt prefirió alejarse unos pasos y fumar en silencio centrando en su mente el problema de Hal. Morris siguió recostado en la plancha del coche.

¿Qué intrincado misterio se disponía a revelarle cuando regresaran a Washington? Pensó que algo terrible tenía que haberle sucedido a su amigo Hal durante el tiempo que permaneció prisionero, para que su carao ter hubiese cambiado de forma tan radical.

Aplastó la colilla con la suela del zapato y se disponía a regresar junto a Morris, cuando sobrevino la tremenda explosión.

Se sintió arrastrado al suelo por la fuerza de un vendaval y una lluvia de cascotes y objetos retorcidos cayeron sobre él. La horrisona explosión había acaecido en el interior de la vivienda y dos ventanas aparecían destrozadas.

CAPÍTULO IV

Walt Coplan no podía precisar el tiempo que permaneció tumbado de bruces anonadado, sobrecogido por lo inesperado de la terrible explosión, que había abierto un enorme boquete en la fachada delantera de la villa, arrancando de sus goznes la puerta de entrada y pulverizando las ventanas.

Junto al «Pontiac» se fue incorporando lentamente el agente Morris y cambió una mirada de incredulidad con Walt.

—¿Qué infiernos...?

Pero Coplan corría ya hacia la villa, repuesto en parte de la impresión sufrida en los primeros instantes. Se introdujo en el interior por el boquete abierto en la fachada y súbitamente se detuvo como si hubiese chocado contra un muro invisible.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos era dantesco.

Sintió que las piernas le flaqueaban, al tiempo que unas náuseas incontenibles se adueñaban de su estómago. Durante unos segundos todo giró a su alrededor como una pesadilla de sangre y horror en danza grotesca, inaudita.

Gran parte del techo se había derrumbado y pudo ver que entre los cascotes asomaban parcialmente los cuerpos horriblemente mutilados de sus superiores. Un brazo de Tower había sido arrancado del tronco y estaba tiñendo de color carmesí la blancura del yeso, donde aún parecía moverse.

—¡Dios mío...! —musitó hondamente impresionado.

Escuchó una respiración jadeante a su derecha y se giró observando el semblante lechoso y contraído de Morris a su lado. Estaba a punto de vomitar y ordenó Coplan:

—Es mejor que te alejes, Morris.

—¿Qué..., que ha podido suceder, Walt?

—No lo sé, Morris. Sal de aquí, hombre.

El otro agente no se hizo repetir la orden y abandonó lo que quedaba del *living-room*, tambaleante.

Coplan realizó un tremendo esfuerzo y echó una última ojeada. Era imposible que ninguno de los tres ocupantes de la vivienda pudiera estar con vida en aquellas circunstancias, pero a pesar de ello intentó cerciorarse.

Después de unos minutos apartando cascotes y restos de muebles astillados, salió también al exterior, convencido de que los tres eran cadáveres. Cadáveres destrozados como todo lo que se encontraba en el salón de la villa en el instante de la explosión.

Apoyado en la plancha del coche, respiró con fruición el aire sano de la vegetación circundante.

A su lado, inquirió Morris:

—¿Qué hacemos, Walt?

Tardó Coplan unos segundos en contestar.

—Hay que ponerse en contacto con Willkie.

—¿Lo hago desde tu coche?

Coplan asintió y Morris penetró en el «Pontiac» utilizando el radioteléfono del vehículo.

Tres cuartos de hora más tarde, aparecieron en el claro varios automóviles y Walt se dirigió a un individuo de figura alargada y rostro caballuno que descendió del primero de ellos.

Herbert Willkie, el jefe inmediato muertos Tower y Mac Nary, había acudido al lugar acompañado de una brigada de desescombro y un nutrido grupo de agentes, después de las informaciones excitadas de Morris a través del radioteléfono.

Tras las gafas de carey, sus ojos saltones escrutaron a Coplan.

—¿Qué ha sucedido, Walt?

Coplan hizo un relato conciso de todo lo acaecido desde que fue llamado a la villa por Tower, hasta el momento en que abandonó el lugar de la matanza, convencido de que ninguno podía estar con vida.

Cuando hubo concluido, dijo escueto Willkie:

—Descansen sin alejarse Morris y usted, mientras intentamos poner en claro lo ocurrido, Walt.

Coplan cabeceó taciturno.

Por espacio de más de una hora y media se dedicó a fumar sin

cesar, pensando en las trágicas ironías que nos reserva el destino. Su amigo Hal Dawson habría pasado por calamidades y humillaciones durante los dos años pasados que duró su cautiverio y cuando al fin era puesto en libertad... encontraba la muerte de una forma estúpida.

Posiblemente, porque a unos terroristas se les ocurrió colocar una carga explosiva en la villa, que ni siquiera iba destinada a él. Una carga explosiva que debió funcionar por medio de un mecanismo de relojería programado de antemano.

De su mente no se borraba la imagen de Gail.

Para la muchacha representaría un terrible golpe conocer el funesto final de su hermano, después de tantos sufrimientos. Temblaba ante la sola idea de tener que enfrentarse a ella y comunicarle que nunca volvería a verlo con vida. Y hasta era posible que ni siquiera pudiese ver el cuerpo completo de Hal.

—Willkie te llama, Walt.

Coplan no advirtió la presencia de su compañero y éste tuvo que repetir el encargo sacándolo bruscamente de su abstracción.

Herbert Willkie informó grave, cuando Coplan estuvo a su lado:

—Hemos encontrado los cadáveres horriblemente mutilados de Russell Tower y Stow Mac Nary, Walt.

Coplan asintió de forma mecánica y después de unos instantes, cuando las palabras de su jefe penetraron nítidas en su cerebro, levantó la cabeza arrugando el ceño.

—¿Y Dawson?

—Su cuerpo no estaba entre los escombros, Walt.

Coplan boqueó estupefacto y durante largos segundos clavó una mirada incrédula en el rostro impassible de su jefe.

—Pero... eso no es posible —balbució haciendo un visible esfuerzo—. Yo los dejé reunidos momentos antes de producirse la explosión.

—No lo dudo, Walt, pero resulta evidente que Hal Dawson logró salir a tiempo.

—Lo hubiésemos visto Morris y yo, Willkie.

—A menos que utilizara la parte posterior de la villa para fugarse, ¿verdad?

Coplan se quedó perplejo sin poder pronunciar ninguna palabra. Entornó los párpados y las facciones de su rostro palidecieron

intensamente al tiempo que crispaba los maxilares.

—Oiga, Willkie, si está pensando que Hal...

Herbert Willkie lo atajó con un ademán.

—Ésa es la exacta conclusión a la que hemos tenido que llegar después de un profundo examen, Walt.

Coplan dejó escapar un resoplido.

—Están como cabras, Willkie. Con todos los respetos debidos... Me niego a pensar que Hal Dawson sea el autor de todo esto.

Willkie sacudió la cabeza y tras los cristales de sus gafas hubo un leve destello.

—Es lógico que se encuentre anonadado y sorprendido, dado que usted y Dawson son buenos amigos, Walt —concedió—. He tenido que solicitar la ayuda oficial de la policía para evitar que Hal Dawson pueda abandonar el país. A partir de este momento será buscado de forma sistemática y exhaustiva.

Walt Coplan manoteó el aire exasperado.

—¿Pero no se da cuenta de que eso es increíble, Willkie? Hal no es de esa clase de tipos. Infinidad de veces se ha jugado la piel por su patria y nunca tuvo ni el menor titubeo.

—También a mí me cuesta trabajo creerlo, Walt —reconoció Willkie—. Por desgracia, las huellas de sus pies en la parte posterior del jardín son demasiado claras. Los peritos han establecido que abandonó la villa a la carrera. Y de otra forma no debemos olvidar su larga permanencia en poder de los rusos. Hal Dawson pudo ser convencido ideológicamente para alistarse al espionaje enemigo.

—Vamos, vamos, Willkie —rió con acritud Coplan—. Ese melodrama no se lo traga ni un párvulo, hombre.

Herbert Willkie atirantó el semblante reprobativo.

—Modere el lenguaje, Walt. Nos encontramos ante unos hechos concretos y con un sospechoso principal. De todos es sabido, y sobre todo para los rusos, que nuestro jefe Russell Tower era el cerebro privilegiado que dirigía todas las operaciones tras los países del telón de acero. No es una idea descabellada pensar que han decidido eliminarlo.

—Utilizando nada menos que a Hal Dawson para ello, ¿no?

—Bajo el punto de vista soviético resultaba el hombre ideal. Podía aproximarse a Tower sin levantar sospechas y llevar a cabo el atentado impunemente.

En la breve pausa que siguió, Coplan se rascó la nuca cada vez más excitado y escéptico.

—Ni Morris ni yo, vimos el bazooka en su hombro, Willkie. También puedo dar fe de que no llevaba ninguna bomba atómica sujeta a los tirantes cuando lo dejé en compañía de Tower y Mac Nary.

—Su sarcasmo está fuera de lugar, Walt —recreminó severo Willkie.

Coplan se pasó la mano por la frente en gesto cansado.

—Perdone, Willkie. No me puedo imaginar a mi amigo Hal Dawson convertido de repente en... terrorista.

Paciente, fue explicando Herbert Willkie:

—En la actualidad existen pequeñas cargas explosivas de efectos verdaderamente extraordinarios. Pueden ser diminutos cilindros que, sin embargo, poseen un poder destructivo demoledor. Cometimos el error de no registrar a Dawson para evitarle una humillación más. En realidad estaba considerado como uno de nuestros mejores agentes antes de caer prisionero.

—¿Y dónde escondió el petardo? —exclamó de pronto Coplan—. No me separé de él desde que abandonó la zona oriental de Berlín.

—Hay varios sitios donde una persona puede camuflar un pequeño cilindro, Walt. La entrepierna, las corvas, un zapato... Estoy seguro que Dawson lo llevó consigo en todo momento.

—Está bien, Willkie —gruñó Coplan—. Supongamos que todo ha sucedido como usted lo expone. Dawson consigue engañarnos a todos y una vez a solas con Tower y Mac Nary, saca el artefacto y ellos se están quietecitos, mientras Hal lo activa y tiene tiempo de escapar a la carrera. ¿Es así de absurdo como lo imagina?

Los ojos de Herbert Willkie fulguraron tras los cristales.

—Dawson pudo mantenerlos a raya con una pistola arrojarles el explosivo segundos antes de salir huyendo.

—¿Y de dónde sacó la pistola, diablos? Willkie atirantó las facciones y dijo rudamente:

—Escucha, Walt; dos de nuestros mejores hombres han sido víctimas de un crimen asombroso, de un salvaje asesinato. Es innegable que Hal Dawson se hallaba en compañía de ellos y, no obstante, su cuerpo no está en la villa. En lo que a mí concierne es culpable mientras no se demuestre lo contrario. Ignoro de los

medios que se valió para hacerlos volar, pero lo cierto es que escapó de aquí, confirmando mi teoría de culpabilidad. —Hizo una breve pausa y enseguida concluyó—: Pondré a todos los hombres disponibles en su búsqueda y usted, Walt Coplan, se encuentra incluido en ellos. ¿Está claro?

Coplan se envaró ceñudo.

—Sí, señor.

—Ahora visite a Gail Dawson e infórmela de lo ocurrido —siguió Willkie—. Procure permanecer junto a ella el mayor tiempo posible en los próximos días.

Coplan miró a su superior, macilento el rostro.

—Señor, yo...

Es una orden, Walt. Aunque lo dudo, existe la posibilidad de que su hermano intente ponerse en contacto con ella.

Walt Coplan asintió soltando un irritado gruñido.

—De acuerdo, señor.

Y conduciendo de regreso a Washington minutos después, no pudo evitar que en su mente fueran apareciendo frases sueltas pronunciadas por su amigo Hal Dawson en los últimos días; «Habrà tiempo para las lágrimas más adelante». «Hubiese sido mejor continuar prisionero». «Espero que puedas comprenderme en lo sucesivo, muchacho».

Pisó con rabia súbitamente el acelerador, porque se daba cuenta de que su subconsciente le estaba dando la razón a Herbert Willkie.

CAPÍTULO V

Gail Dawson era un verdadero cromo vistiendo aquellos *short* color carne que dejaban al descubierto sus bien torneadas piernas. La rubia melena le caía en airosa cascada sobre la blusa blanca de tenue tejido, que ponía de manifiesto la juvenil turgencia de sus senos.

Pero Walt Coplan avanzó sombrío al franquearle ella la entrada.

En aquellos instantes estaba lejos de poder apreciar la belleza exquisita de la chica, porque su mente se hallaba repleta de los recientes acontecimientos. Y por la cada vez más firme convicción de que su jefe actual, Herbert Willkie, tenía razón.

Ya se había tendido la red para impedir que Hal pudiese abandonar el país. Aeropuertos de líneas regulares y particulares, carreteras, puertos, inclusive los deportivos, se encontraban sometidos a estrecha vigilancia.

La policía desconocía las verdaderas razones que habían motivado la orden, pero colaboraba eficazmente con todos los medios a su alcance. Una emisora policial iba repitiendo a cortos intervalos las señas particulares de Hal Dawson.

Tenía escasas posibilidades de escapar.

De pronto, Coplan advirtió que los azules ojos de Gail permanecían fijos en él desde hacía unos instantes.

Y la pregunta que formuló la muchacha resultó un mazazo en pleno rostro:

—¿Qué ha sucedido con Hal, Walt?

Coplan la miró ceñudo.

—¿Por qué habría de sucederle algo?

—Por favor, Walt —pidió ella con gran entereza—. No trates de ocultármelo.

Coplan imprecó una maldición entre dientes y acabó por dar una enérgica cabezada de asentimiento.

—Está bien. Considero que sería inútil retrasar lo que al fin tienes que saber.

Y a continuación hizo un relato sucinto de lo ocurrido allá en la villa, procurando soslayar lo que consideró más macabro e innecesario. Terminó utilizando las propias palabras de Willkie sobre la culpabilidad casi segura de Hal.

Gail escuchó las palabras de Coplan con los ojos agrandados, pero sin verter ninguna lágrima, con envidiable entereza. Aunque él vislumbraba que de un momento a otro se derrumbaría.

—¿Por qué, Walt? —susurró Gail.

Coplan encogió los hombros malhumorado.

—¡No lo sé, maldita sea!

Y el agente del espionaje norteamericano arrugó el ceño, al escuchar que ella decía con entonación trémula:

—Sabía que algo terrible iba a ocurrir. Tenía el pleno convencimiento de ello. —No te comprendo, Gail.

La chica se dirigió a una mesa y cogió un papel doblado que se hallaba sobre ella. Lo tendió a Coplan explicando:

—Empecé a ordenar las cosas para introducirlas luego en las maletas cuando descubrí esta carta de Hal en la mesita de noche. Debí dejarla poco antes de irse contigo.

Walt atrapó el papel con una expresión de extrañeza reflejada en el semblante y fue leyendo:

«Querido. Gail:

»Hay momentos en la vida de un hombre en que es necesario tomar una determinación importante, aunque ésta pueda parecer monstruosa para el resto de sus semejantes. Siempre has tratado de comprenderme y creo que en muchas ocasiones lo has conseguido merced al cariño que me profesas. Siento tener que causarte un nuevo dolor, pero al mismo tiempo espero que intentes una vez más comprender mis actos, por horribles que te parezcan. Si no volvemos a vernos,

como es lógico que ocurra, mi más ferviente deseo es que te cases con Walt Coplan, ya que es un hombre cabal y me consta que está enamorado de ti. Lo he podido leer en sus ojos.

»Con el mayor cariño a pesar de todo,

»*Hal*».

Con el papel entre los dedos a pesar de haber concluido la lectura, meditó Coplan que aquello acababa de clarificar las cosas. Era un reconocimiento de sus culpas por parte del hermano de Gail. Lo que no podía él comprender ni remotamente, era el radical cambio de su amigo respecto a su ideología.

Se había convertido súbitamente en un traidor a su patria.

Levantó la mirada de la carta y entonces fue cuando se produjo el derrumbamiento de Gail.

Coplan la estrechó entre sus brazos y ella hundió la cabeza en el pecho masculino sollozando convulsivamente al principio. Luego sus lágrimas manaron mansamente, sin estridencias. Coplan acarició sus dorados cabellos en tanto duró el desahogo de Gail, y en aquella postura permanecieron largo rato.

Finalmente, Coplan la separó suavemente de su pecho y sacó el pañuelo poniéndolo en sus manos.

—Ya está bien, muchacha —aconsejó, ronca la voz.

Gail se fue serenando paulatinamente, empleando el pañuelo de Walt para limpiarse las mejillas.

Después de un prolongado silencio, levantó los enrojecidos ojos mirándolo.

—¿Qué poderosa razón ha podido tener para hacer una cosa tan horrible, Walt? —inquirió queda.

—No lo sé —respondió sinceramente el joven—. No acabo de concebir a Hal convertido en traidor y asesino.

—Y sin embargo..., estáis seguros de que ha sido él, ¿verdad?

Coplan vislumbró que en la pregunta de ella alentaba una última posibilidad de esperanza. La miró brevemente a los ojos y luego inclinó la cabeza afirmando:

—Todas las pruebas lo condenan, Gail. Herbert Willkie está seguro de su culpabilidad y ha ordenado darle caza. Toda la policía

se encuentra movilizada para proceder a su captura.

Gail apretó los labios con fuerza y se mantuvo silenciosa.

Coplan se acercó a ella y la sujetó por los hombros con suavidad.

—Puedes contar incondicionalmente conmigo, Gail. Para todo lo que necesites. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Walt.

—Comprendo lo que estás pasando, porque yo también me siento anonadado, como falto de un miembro. Aprecio a Hal sinceramente y no puedo comprender su... extraño comportamiento.

Ella levantó la cabeza y lo miró en fijeza, intensamente.

—Gracias, Walt.

Coplan seguía manteniendo sus manos en los brazos de la chica y podía sentir bajo las palmas la carne palpitante de ella. Su rostro, a pesar del cerco enrojecido de los ojos, le pareció particularmente excitante de hermosura en aquellos instantes. De toda su figura emanaba un perfume embriagador...

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se inclinó y posó los labios en la comisura de su boca.

—Te quiero, Gail —confesó.

Ella respingó frunciendo el ceño y lo miró de una forma rara.

Luego, súbitamente, se soltó con brusquedad y retrocediendo unos pasos, exhortó brillante de ira las azules pupilas:

—¡No vuelvas a hacerlo, Walt!

Coplan abrió la boca aturdido, perplejo ante la reacción inesperada de Gail.

—Yo... —balbució sin salir de su asombro—. Te quiero, Gail.

—¡No, Walt! —gritó ella excitada—. No deseo que me quieras. Los hombres como tú y Hal no tienen derecho a querer. Vuestro único amor es la patria y os debéis en cuerpo y alma a ella. ¿Para qué necesitáis a una mujer a vuestro lado? ¿Para hacerla partícipe de mil sufrimientos? ¿Para qué espere temblando de miedo el momento en que le comuniquen que su esposo ha sido capturado o muerto por los enemigos?

Después de las palabras de Gail, un profundo silencio gravitó sobre ambos jóvenes.

Coplan tenía las mandíbulas crispadas y la faz macilenta, mirándola a los ojos.

Acabó por asentir impotente.

—Tienes razón, Gail: no tenemos derecho a una esposa. Todas las mañanas unos hombres anónimos; los basureros, retiran los desperdicios que estorban en las casas. Tienen que andar entre la podredumbre y el mal olor, pero realizan un trabajo necesario, imprescindible para el buen funcionamiento de una ciudad. Nosotros los espías somos también un poco basureros. Nuestra profesión es andar entre la podredumbre humana, pero nuestro trabajo también es preciso para la nación. En ocasiones... gracias al sacrificio de hombres como tu hermano Hal, se han salvado cientos de vidas.

Hubo un nuevo y prolongado silencio durante el cual intercambiaron una profunda mirada ambos jóvenes.

Lo rompió Gail apesadumbrada:

—Lo siento, Walt. Los nervios me traicionaron durante un momento y no supe controlarme.

—No tienes que disculparte, Gail —denegó él moviendo la cabeza—. En el fondo llevas razón. Un espía no debería tener familia. No tiene derecho a que nadie lllore por él. Y ahora te conviene acostarte y tratar de dormir un rato. Necesitas un calmante para serenar tus ánimos.

Y girando sobre los talones se dirigió Coplan ceñudo a la salida. Ya tenía el pomo de la puerta en la mano, cuando la voz de la chica llamó suave:

—Walt...

Coplan giró a medias la cabeza.

—¿Sí, Gail?

—¿Qué le ocurrirá a Hal si consiguen cogerlo?

—No debes pensar en eso ahora, Gail. No sirve de nada atormentarse, cuando nada se puede hacer.

—¿Opinas que acabarán cogiéndolo?

—Por favor, Gail —masculló Coplan impaciente—. Dejemos pasar unos días, ¿quieres? Hazme caso y toma un somnífero, muchacha. Te conviene descansar unas horas.

Y sin esperar una nueva pregunta abandonó la habitación.

No podía decirle a Gail que su hermano tenía una posibilidad entre mil de lograr fugarse del país. Ni tampoco que sería juzgado de manera severísima si conseguían atraparlo con vida.

CAPÍTULO VI

Una semana después del atentado de la villa cercana a Annapolis, que costó la vida a dos de los principales jefes del espionaje norteamericano, la situación continuaba siendo la misma. Se hallaban en el mismo punto de partida.

Ninguna pista, ni el menor indicio de ella, pudo ser detectada sobre el paradero de Hal Dawson.

La vigilancia proseguía con la misma intensidad.

En su despacho de trabajo, Herbert Willkie paseaba nervioso delante de Walt Coplan al que había hecho acudir.

—A ese hombre no se lo ha pedido tragar la tierra, condenación —farfulló exasperado—. ¿Está seguro de que no se ha puesto en contacto con su hermana, Walt?

—Se lo dije antes, Willkie.

—Quiero estar completamente seguro de ello.

—Escuche, Willkie —masculló Coplan impaciente—. Gail Dawson abandonó el hotel aquel mismo día y se instaló nuevamente en su casa. La visito con bastante frecuencia y el resto del día tengo su vivienda sometida a estrecha vigilancia. Pero no soy su marido y por lo tanto no puedo estar pegado a ella como una lapa. Tienen intervenida su área telefónica, ¿no?

—Desde luego. Hal Dawson no ha intentado ponerse en contacto con ella a través del teléfono.

—Ni creo que lo haga de ninguna otra manera. La carta que le dejó estaba redactada en unos términos definitivos y no dejaba resquicio a un posterior contacto.

Willkie sacudió la cabeza, conviniendo:

—Opino igual que usted, Walt. Pero insisto en que debemos seguir vigilando a Gail Dawson. Un hombre no puede volatilizarse

en la forma que él lo ha hecho. Tiene que encontrarse oculto y a salvo en cualquier lugar.

—¿Las embajadas están vigiladas?

—Desde el primer día.

—¿Y qué?

—Nada de nada. Se ha montado un cerco discreto para eludir reclamaciones diplomáticas, en torno a las más sospechosas. Nuestros hombres se alojan en edificios colindantes, provistos de potentes prismáticos que controlan todas las ventanas.

—Sin resultados positivos, ¿no?

—Hasta este momento, Dawson no ha podido ser descubierto en ninguna de ellas.

Coplan se pasó la mano por los cabellos en gesto maquinal.

—No creo que se encuentre refugiado en ninguna. No se arriesgarían a darle asilo. Lo que sí es evidente es que recibe ayuda del exterior. Mejor dicho; que agentes del espionaje enemigo colaboran con él protegiéndolo. En caso contrario hubiésemos obtenido algún indicio de sus movimientos.

—Recuerde que Dawson fue durante años uno de nuestros mejores profesionales. Su entrenamiento y capacitación es proverbial para salir airoso, incluso en una red tan tupida como la que hemos montado a su alrededor.

—Eso es verdad, Willkie. Y me consta por la amistad que nos unió en otros tiempos.

—No obstante, también posee en su contra una desventaja.

—¿Cuál?

—Que sabemos su forma de actuar. Conocemos a la perfección la manera habitual de desenvolverse de Dawson. Y eso tiene que llevarnos antes o después a su detención.

Coplan encogió los hombros desalentado.

—Por ahora no sirvió de mucho.

Herbert Willkie detuvo un instante su inquieto paseo y le apuntó con el índice extendido.

—Porque la clave es lo que usted acaba de decir, Walt: Dawson recibe ayuda del espionaje enemigo.

—Y en ese caso será una quimera pensar en su inminente captura. Esa gente está organizada dentro de Estados Unidos de una forma extraordinaria.

—En efecto, Walt. Nuestro objetivo es buscar la grieta en su organismo y habremos dado un paso gigante para localizar a Dawson.

Coplan se mantuvo silencioso y tras una breve pausa, dijo Willkie:

—Y ahora es conveniente que regrese junto a Gail.

Walt compuso un gesto de hastío.

—Me fastidia permanecer a su lado como un sabueso tratando de husmear a la presa. Y que la presa sea precisamente su propio hermano.

—Es necesario, Walt. Ignoramos dónde y cuándo puede surgir la pista que nos conduzca a él.

Coplan suspiró hondo levantándose del asiento que ocupaba.

—Está bien. Pensaré una nueva excusa para visitar por enésima vez a Gail. Aunque todo es inútil, porque ella sabe perfectamente el motivo que me mantiene a su lado constantemente.

Antes de que se marchara, Willkie lo miró escrutadoramente a los ojos, inquiriendo:

—¿Qué haría si se encuentra de repente frente a Dawson, Walt?

El joven respingó porque la pregunta lo había cogido por sorpresa.

—¿A qué se refiere, Willkie?

—Ustedes dos han sido excelentes amigos durante años, Walt. No me agradaría que un sentimentalismo desplazado pudiera poner en peligro su vida. Tenga bien presente lo que hizo Dawson.

Coplan compuso una mueca forzando una amarga sonrisa.

—Descuide, Willkie —respondió pausado—. Conozco exactamente mi deber.

—Tiene que ser así, Walt.

Coplan no dijo nada.

Minutos después, conducía su coche en dirección a la casa de Gail y en su mente continuaba el mismo interrogante que lo había torturado durante aquella inacabable semana. ¿Qué poderosos motivos habían podido perturbar el cerebro de su amigo Hal Dawson, hasta el punto de convertirlo en un despreciable traidor y criminal?

Tenía el firme convencimiento de que en la respuesta se hallaba la clave de todo el asunto.

Gail Dawson lucía un vestido camisero de amplia falda cuando le abrió la puerta de su casa. Walt la encontró tan bella como siempre, pero se abstuvo de hacer el menor comentario al respecto.

La muchacha lo tuvo en la puerta unos segundos, preguntando con entonación levemente irónica:

—¿Cuál será la excusa de hoy, Walt?

Coplan la miró fijo a los ojos.

—Si te molesto doy media vuelta.

—Y volverías al cabo de una o dos horas, Walt. Es mejor que pases ya que estás aquí.

Haciéndose a un lado dejó que el joven penetrara hasta el salón, donde se apreciaba por múltiples detalles el buen gusto de una mano femenina. Gail cerró la puerta y propuso él:

—Podríamos ir a cenar fuera, Gail.

—No tengo ganas.

—Pero no puedes encerrarte continuamente aquí, muchacha. Perjudica a tu salud este encerramiento.

Ella alzó levemente los hombros y a continuación clavó una mirada inquisitiva en el rostro masculino.

—¿Continuáis sin noticias de Hal?

Coplan tardó unos segundos en responder. No le gustaba tocar aquel tema con Gail, aunque comprendía el inusitado interés de la chica y el anhelo conque esperaba siempre su respuesta.

—Todo sigue lo mismo que el primer día, Gail —informó al fin—. No encontramos el menor rastro de Hal.

—Y eso os preocupa bastante, ¿no?

Walt no ocultó su disgusto al contestar:

—Prefiero no hablar sobre eso, Gail. ¿Supones que una amistad como la que tenemos Hal y yo puede borrarse tan fácilmente? Te garantizo que estoy viviendo los peores días de mi vida.

La chica asintió gravemente, musitando:

—Te creo, Walt. Comprendo que la acción de mi hermano no tiene nombre y es lógico que traten de capturarlo. Pero no tienen derecho a obligarte a colaborar.

Coplan crispó las mandíbulas en rictus amargo.

—¿Dónde empiezan y acaban los derechos de un espía, Gail?

Después de unos titubeos, sugirió Gail cautelosa:

—Puedes..., puedes solicitar la baja, Walt. Hay muchos trabajos donde un hombre de tus cualidades puede desenvolverse sin agobios.

—Ahora no puede ser, Gail —se apresuró a responder él—. No es el momento adecuado.

—¿Por qué?

Coplan dejó escapar un resoplido.

—¿No lo comprendes? Si se consigue capturar a Hal, necesitará más que nunca a un amigo dentro de la CIA.

—¿Y qué podrías hacer tú en su favor?

—No lo sé —gruñó Walt con cierta brusquedad—. Lo cierto es que debo continuar en mi puesto.

Hubo una pausa silenciosa entre ellos y finalmente dijo Gail:

—Me sentiría dichosa si renunciaras, Walt.

Lo había dicho en tono bajo, casi en un susurro. Coplan arqueó las cejas mirándola intrigado, pero no quiso profundizar en lo que dejaban entrever las palabras de la chica. Se acercó a ella y le puso una mano en el hombro con naturalidad.

—¿Por qué no salimos a cenar, Gail? —Insistió cambiando el tema de conversación—. Te hará bien salir y distraerte un poco, muchacha. Estaremos de vuelta enseguida.

Gail levantó los ojos hacia él y acabó por asentir.

—Está bien, Walt, salgamos.

Gail se cambió en pocos minutos de vestido y viéndola aparecer Coplan con traje chaqueta de tono oscuro y sin apenas maquillaje en el rostro, pensó que el desenlace final de todo aquel asunto no debía prolongarse en exceso.

Las pálidas mejillas de Gail y lo demacrado de su bello semblante, denotaban que la muchacha se hallaba al límite de su aguante. No soportaría por mucho tiempo aquella tensión de nervios.

La llevó a un restaurante de las afueras de la ciudad. La noche era apacible y la temperatura excelente. A pesar de ello, corría un suave airé enlo de procedencia norte que puso una tenue nota de color en las blancas mejillas de Gail.

Por lo demás, la salida resultó un fracaso.

Apenas si cambiaron algunas palabras y la conversación derivó siempre hacia la situación en que se hallaban envueltos. Hal

Dawson estuvo tan presente entre ellos, como si en realidad hubiese estado sentado a la mesa cenando.

En el regreso, conduciendo taciturno, meditó Walt Coplan en que de nada servirían los intentos por distraer a la chica. Gail sentía verdadera adoración por su hermano Hal y jamás conseguiría sustraerse a la profunda impresión en que se hallaba inmersa.

La aceptaba con todas sus consecuencias.

Cuando entraban en la casa, el timbre del teléfono sonaba incesantemente y se adelantó Gail con rapidez desahorquillándolo, mientras Walt cerraba la puerta.

Vio que ella movía la cabeza, afirmando:

—Está aquí.

Luego le tendió el micro, diciendo:

—Es para ti, Walt.

Coplan se llevó el auricular a la oreja y apenas identificarse escuchó la voz airada de Herbert Willkie al otro lado del hilo:

—¿Dónde diablos se ha metido, Walt?

—Estuvimos corriéndonos la gran juerga la chica y yo, Willkie —respondió desabrido.

—Deje las bromas de mal gusto de una maldita vez y acuda lo antes posible a mi despacho, Walt —ladró Willkie malhumorado—. Tenemos localizado a Hal Dawson.

CAPÍTULO VII

—Hal Dawson ha logrado burlar el cerco establecido a su alrededor y se encuentra nuevamente en Berlín, Walt.

Coplan no trató de disimular el asombro que producían en él las palabras de su jefe.

—¿Están seguros?

—Lo informó Brent Dudley por el conducto y clave habitual hace apenas dos horas. Posteriormente hemos verificado la información por vía prioritaria y en efecto: Dawson fue visto esta mañana en la zona occidental de Berlín. Al parecer su propósito es pasar a la parte Este lo antes posible.

Coplan se pellizcó el lóbulo de la oreja con expresión entre admirativa y confusa.

—No comprendo cómo ha logrado eludir la vigilancia.

—Nosotros tampoco, Walt —dijo Herbert Willkie hablando con rapidez—. Pero el hecho incuestionable es que Dawson está en Berlín y tenemos que cazarlo antes de que consiga pasar a la zona oriental. Es de vital importancia actuar con celeridad.

—¿Qué tiene pensado?

—Usted partirá en un reactor en el plazo de... —Willkie consultó su reloj de pulsera— veinticinco minutos. Dudley lo estará aguardando en Berlín y colaborará a sus órdenes, Walt.

Coplan torció el gesto con desagrado.

—¿Tengo que ser precisamente yo, Willkie?

—Es la persona idónea, Walt —afirmó moviendo la cabeza Willkie—. Usted conoce a Dawson mejor que ningún otro y sabe perfectamente su manera de actuar.

—Hay otros agentes tan capacitados como yo.

—No disponemos de tiempo para discusiones, Walt —reprendió

con severidad Herbert Willkie—. Considero que es usted el hombre más adecuado para cazar a Dawson y le estoy dando una orden. ¿Comunicó a Gail Dawson que su hermano está localizado?

—Tuve que hacerlo —confesó Coplan—. A esa chica no la deja vivir la ansiedad que siente. Espera fuera.

Willkie cabeceó complacido.

—Mejor. Podrá partir con usted sin pérdidas de tiempo.

Coplan boqueó estupefacto.

—¿Pretende que Gail venga conmigo a Berlín?

—Puede ser una excelente baza llegado el momento, Walt. No olvide que Hal Dawson parece sentir un profundo afecto por su hermana y creo que es recíproco, ¿no?

Walt apretó furioso los maxilares.

—Escuche, Willkie, si piensa que voy a jugar con la seguridad de Gail para atrapar a su hermano, se equivoca. No pienso involucrarla en un juego tan peligroso.

Willkie entornó los ojos mirándolo irónico.

—¿Cuánto supone que tardaría Gail Dawson en coger un vuelo regular y plantarse en Berlín, si le comunico que su hermano se encuentra en dicha ciudad Walt?

—Usted no hará eso, Willkie —masculló Coplan.

—¿No? Vamos, Walt, no se trata de poner en peligro la vida de la chica. No nos interesa armar demasiado alboroto en Alemania y ella puede ser la clave para un arreglo amistoso, ¿no le parece?

Walt Coplan pegó una dentellada al aire, gruñendo hosco:

—¿Un arreglo amistoso después de haberse cargado a Tower y Mac Nary? No crea un iluso a Hal Dawson, Willkie. No accederá a regresar conmigo por las buenas bajo ningún pretexto.

—Tampoco pretendemos eso, Walt.

—Acepto la misión con la condición de que Gail se quede aquí, Willkie. No quiero exponerla a un peligro innecesario.

Los ojos de Herbert Willkie relampaguearon tras los cristales.

—Aceptará la misión llevándose a la chica, Walt —dijo con inusitada dureza—. Comprendo que esté afectado por lo ocurrido con Dawson, pero últimamente se comporta de una manera poco ortodoxa, Walt. No estoy dispuesto a seguir soportando sus intemperancias, ¿comprende? Le estoy dando una orden y no admito réplicas.

Coplan tardó unos segundos en responder.

—De acuerdo, Willkie —masculló dando una brusca cabezada después de mirar fijamente a su superior—. Y en cuanto a mi comportamiento y mi futuro, habla reznos cuando regrese.

—Como quiera, Walt. Después de capturar a Dawson.

* * *

Gail Dawson se mostró complacida por hacer el viaje en compañía de Coplan. Era tanto su cariño por Hal, que deseaba vivir de cerca lo que pudiese ocurrirle.

Fracasaron todos los intentos de Walt para que desistiera.

Tal como había dicho Willkie, Brent Dudley los esperaba al pie de las escalerillas cuando el avión tomó tierra en Berlín. Coplan estrechó la diestra del hombre de gris aspecto, que tan valiosos servicios prestaba no obstante, al espionaje norteamericano.

—Llegan a tiempo, Walt —informó Dudley mientras se introducían en el auto que se hallaba próximo al reactor—. Dawson la armó buena en Washington, ¿eh?

Walt lo fulminó con la mirada y Dudley carraspeó reparando en la presencia de la muchacha.

—Lo siento, señorita Dawson —murmuró enrojeciendo.

Gail no respondió.

Brent Dudley se puso al volante del coche y condujo a buena marcha por la autopista que desembocaba en la cercana zona oeste de Berlín. Desde el asiento posterior, inquirió Coplan:

—¿Cómo descubrieron a Hal Dawson?

—Fue uno de mis enlaces, Walt —explicó Dudley mirando por el retrovisor—. Cuando recibí el soplo no podía creérmelo y lo verifiqué personalmente.

—¿No hay posibilidad de error?

—Ninguna. Es Hal Dawson.

—Sin embargo, me extraña poderosamente un punto. Dudley —manifestó Coplan.

—¿Sí?

—Hal Dawson se encuentra desde hace un par de días por lo menos en esta zona. ¿Cómo es posible que éste todavía aquí? Lo normal hubiese sido pasar enseguida a la oriental, ¿no?

—Depende. En su caso, no.

—¿Por qué?

—Dawson debe velar sobre todo por su seguridad personal. No crea que es tan fácil pasar de un lado a otro de Berlín. Habitualmente es difícil, pero en el caso concreto de Dawson resulta bastante problemático para él. Lo más probable es que aguarde hasta poder hacerlo con todas las garantías.

—¿Y cuándo estima que lo intentará?

—Después de tomar contacto con los agentes rusos. Es primordial que lo haga.

—Ya.

El resto del viaje lo hicieron silenciosos. Gail se había mostrado particularmente interesada en todo cuanto hablaron Coplan y Dudley, si bien se abstuvo de hacer comentario alguno. Se limitó a observarlos con los ojos muy abiertos.

Dudley detuvo el negro automóvil delante de la puerta del hotel donde había reservado habitaciones para ambos jóvenes. El encargado de recepción entregó las llaves a Brent Dudley, sin mostrar su extrañeza por el hecho de que los dos carecieran de equipaje.

Ya en el tercer piso, abrió Dudley la puerta de una habitación y penetraron los tres en ella. Dijo Coplan:

—Puedes tomar un baño si lo deseas, Gail. Brent y yo estaremos en la habitación de al lado.

—Exacto, señorita —corroboró Dudley—. Encargué habitaciones contiguas.

La muchacha clavó los ojos en Walt y lo miró intensamente.

—Walt...

—¿Sí, Gail?

—No me ocultes nada, por favor —suplicó ella en un susurro—. Me hará más daño la incertidumbre.

Coplan dio una leve cabezada.

—No te preocupes, Gail. Te tendré al corriente de todo cuanto ocurra. Pero debes prometerme ser una chica obediente.

Y ondeando la mano en muda despedida abandonó la habitación seguido de Dudley.

Una vez los dos agentes en la habitación destinada a Walt, situada junto a la de Gail, cerró la puerta Brent Dudley y se giró refunfuñando malhumorado:

—¿De quién fue la brillante idea, Walt?

El joven lo miró arrugando el ceño.

—¿A qué se refiere, Brent?

—A la chica, naturalmente. Nos hace la misma falta que una patada en las espinillas, caray.

Walt sonrió torcidamente con acritud.

—En eso me lavo las manos, Brent. Se le ocurrió al bueno de Herbert Willkie que es ahora el jefe.

—No podía ser de otra forma. Willkie ha comenzado a imponer sus métodos particulares, ¿eh?

—Eso parece.

Brent Dudley guardó silencio unos instantes y después preguntó cómo sin darle importancia a la cosa:

—Usted y Hal Dawson son buenos amigos, ¿verdad, Walt?

Coplan atirantó las facciones y miró fijamente al otro antes de responder en tono helado:

—En estos momentos sólo soy un agente de la CIA con una misión por delante, Brent. Exactamente igual que usted.

—Lo pregunté sin doble intención, Walt.

—Pues no se le olvide en lo sucesivo.

—De acuerdo, de acuerdo —repitió Dudley dando un breve manotazo al aire—. ¿Y con qué fin hizo venir Willkie a la chica?

—Pretende un arreglo amistoso con Hal Dawson o algo parecido.

Dudley parpadeó asombrado.

—¿Está loco?

—En realidad lo que desea es que la chica sirva de señuelo para su hermano. —Walt hizo una pequeña pausa intencionada y agregó sin dejar lugar a dudas—: A lo cual me opongo rotundamente.

Brent Dudley movió la cabeza en sentido afirmativo masajeándose el mentón. Tras unos segundos inquirió:

—Trajo su arma, ¿verdad, Walt?

Coplan se palpó la axila significativamente.

—Desde luego. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque esta noche tendremos la posibilidad de cazar a Dawson. Y no creo que nos reciban arrojando nos flores.

Walt escrutó el semblante de Dudley súbitamente interesado.

—¿Sabe dónde hallarlo?

—En estos momentos lo ignoro. En cambio me consta que

acudirá esta noche, sobre las once, a determinada casucha ubicada en los suburbio. Tiene que sostener una entrevista con los agentes rusos y puede imaginarse cuál será el tema de conversación.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello, Dudley?

El otro agente emitió una suave risita.

—Mis enlaces funcionan como una máquina bien en grasada, Walt. Es un extraño mundillo en el que todos sabemos lo que nos interesa.

—Puede ser una trampa.

—Es posible —sonrió nuevamente Dudley—. Pero en todo caso hay que correr el riesgo. De todas formas su problema es otro, ¿no, Walt?

—¿A qué se refiere?

—A la chica. Como puede comprender no vamos a llevarla con nosotros.

—Por descontado.

—Entonces vaya pensando una buena excusa. Me temo que tiene un carácter demasiado tenaz.

—No se preocupe de eso, Brent —dijo Coplan después de un corto silencio—. Me ocuparé de convencerla. ¿A qué hora pasará a recogerme?

—A las diez y cuarto nos veremos en el vestíbulo.

—Entendido.

CAPÍTULO VIII

Incapaz de conciliar el sueño, Gail Dawson encendió la lámpara sobre la mesita de noche y consultó su reloj. Las manecillas marcaban las once menos diez minutos.

Hacía un buen rato que se había marchado Walt, diciéndole que tenía unas investigaciones que realizar en compañía de Dudley. Se opuso tajantemente a que fuese con ellos y prometió llamarla al regreso para ponerla al corriente.

Gail lo creyó a medias, pero... ¿qué podía hacer?

Apagó de nuevo la lámpara intentando conciliar el sueño, a pesar de que le constaba que no podría. Se removía entre las sábanas presa de un extraño desasosiego, sin poder apartar de la mente a su hermano.

¿Dónde se hallaría en aquellos instantes?

Era posible que estuviese a escasa distancia de allí y no obstante tan lejano al mismo tiempo. Por más que lo intentó en los últimos días, no pudo llegar a comprender el extraño comportamiento de Hal. Siempre fue un ejemplo de patriotismo para ella. Sus ideas eran firmes, inamovibles en cuanto a todo lo que representaba fidelidad y sacrificio respecto al servicio.

¿Por qué entonces había cambiado hasta el punto de cometer un acto de tal salvajismo y traición? ¿Qué terrible acontecimiento había influido en él para llegar a eso?

Íntimamente se alegró de que sus padres estuviesen muertos. No habrían podido soportar la idea de que su hijo Hal era un traidor a Estados Unidos. Sobre todo para Patrick Dawson hubiese sido un tremendo golpe mortal.

Sin apenas darse cuenta, el sueño acudió a sus ojos.

No pudo precisar el momento, pero sus párpados acabaron por

cerrarse a pesar de los esfuerzos que hizo. Fue un sueño agitado, lleno de pesadillas en las que veía el cuerpo ensangrentado de Hal, mientras erguido ante el cadáver, se encontraba Walt sosteniendo aún en sus manos la pistola humeante.

Ella intentaba desesperadamente interponerse entre ellos, pero un extraño sopor la invadía y no lograba moverse del sitio. Gritaba con todas las fuerzas de sus pulmones.

De pronto se sentó en el lecho con la frente perlada de un sudor gélido que la estremecía hasta lo más profundo de su ser.

Respiró entrecortadamente, jadeante, y sintió el impulso irresistible de seguir chillando despavorida como sucedió en la pesadilla. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse y se mordió los labios hasta sentir la sangre en ellos.

Y de repente se estremeció.

Tenía la completa seguridad de no hallarse sola en la habitación. En la penumbra que la rodeaba percibió la presencia de otra persona y un nuevo estremecimiento sacudió su cuerpo.

Con una leve esperanza en el pecho, musitó:

—Hal...

Nadie respondió.

Entonces alargó la mano trémula hacia el interruptor de la lámpara y lo accionó.

La luz repentina la hizo parpadear hiriéndole las pupilas y al girar la cabeza la descubrió frente al lecho. Ahogó un grito de sobresalto con el dorso de su propia mano.

Era una mujer de gran belleza.

Tendría unos veintiséis años y se encontraba sentada en un sillón situado a los pies de la cama mirándola sonriente. Morena y de grandes ojos. El óvalo perfecto de su rostro enmarcaba un semblante de extraña belleza.

Al observar la mirada atónita de Gail acentuó la sonrisa en los gruesos labios.

—Siento haberte asustado, Gail —dijo con voz armoniosa.

—¿Quién es usted? —preguntó Gail, saliendo poco a poco de su estupor—. ¿Qué está haciendo en mi habitación?

—Te vi tan dormida cuando entré que no quise turbar tu sueño. Disponemos de tiempo suficiente. Luego comenzaste a agitarte y me disponía a despertarte, cuando lo hiciste por tus propios medios.

Has sufrido una horrible pesadilla, ¿verdad, Gail?

—¿Cómo sabe mi nombre?

La mujer morena sonrió amigablemente enseñando unos dientes blanquísimos.

—Iré respondiendo a tus preguntas por orden, Gail —dijo pausado—. Pero, por favor, no me las hagas todas al mismo tiempo.

A pesar de la actitud aparentemente amigable de la mujer, Gail no experimentó la menor tranquilidad de verla allí en su habitación. Por el momento era una intrusa desconocida para ella.

—Mi nombre es Irina Molouska —informó la morena como adivinando sus pensamientos.

—¿Es usted rusa?

Irina Molouska asintió risueña.

—Sí, pero por favor, querida, no lo preguntes en ese tono. Los rusos somos también gente humana. Y puedes empezar a tutearme porque presiento que vamos a ser buenas amigas.

Gail saltó del lecho repuesta ya de la primera impresión y revistió el salto de cama. Se acercó a la hermosa rusa observándola detenidamente con una expresión adusta en el rostro.

—¿Es usted una espía soviética?

—En efecto.

—¿Qué han hecho con mi hermano? —inquirió Gail fulgurantes las azules pupilas.

—Tu hermano Hal está envuelto en un serio problema, Gail.

—Eso ya lo sé. Y los culpables son ustedes los rusos. Voy a llamar a recepción y haré que la detengan inmediatamente.

Irina Molouska arqueó las cejas tranquila.

—¿Por qué no esperas a escucharme, querida?

—¡Deje de llamarme querida! —Casi gritó Gail exasperada—. Todos ustedes me inspiran un odio tan intenso que soy capaz de tirarla por la ventana ahora mismo.

La morena Irina sonrió más ampliamente y se mantuvo tranquilamente aposentada en el sillón. Levantó las manos mostrando las palmas extendidas al tiempo que decía:

—Vamos, vamos, Gail. Hal ya me dijo que posees un gran temperamento, pero no supuse que fuese tan agresivo. Te conviene tranquilizarte y escucharme atentamente en bien de Hal.

Gail clavó en su oponente una mirada sumamente interesada.

—¿Sabe dónde está Hal?

—Desde luego.

—Dígamelo —pidió impulsiva Gail con entonación en la que vibraba una visible súplica—. Necesito verlo.

—Por ahora es imposible, Gail. Sólo puedo decirte que se encuentra en lugar seguro. En realidad es eso lo que he venido a decirte: que no temas por él.

Gail se retorció las manos presa de gran nerviosismo. En aquel momento deseó más que nunca la aparición de Walt Coplan en la habitación. Si lograban detener a aquella extraña mujer, era muy posible que pudiera conducirlos a su hermano.

Apenas pensado esto, se estremeció pensando en que si Hal caía en manos del espionaje norteamericano podía considerarse hombre muerto. Durante unos segundos se debatió en medio de un tremendo confusionismo y apretó los labios indecisa.

Otra vez pareció leer Irina Molouska en su mente.

—Ten un poco de paciencia y todo se arreglará satisfactoriamente, mujer.

—¿Cómo se arreglará? —preguntó Gail excitada—. ¿Viviendo el resto de sus días en el paraíso ruso? ¿Siendo de por vida un traidor a su patria?

La rusa frunció levemente el ceño asombrada.

—¿Es eso lo que piensas de él, Gail?

—¿Y qué puedo pensar? Lo que hizo en la villa de Annapolis con sus jefes fue algo monstruoso, horrible. Me he resistido a creer que mi hermano Hal se haya convertido en un criminal de esa especie. Me resulta imposible pensar que... —De pronto enmudeció mirando con odio a la rusa—. ¿Por qué le estoy contando todo esto a usted?

—Quizá porque te inspiro confianza.

—Ya Te he dicho lo único que me pueden inspirar ustedes: un desprecio y odio sin límites.

Irina Molouska no se inmutó por las duras palabras de Gail. Todo lo contrario, se levantó del asiento y se aproximó a ella mirándola compasivamente.

—Siento de veras no poder ser más explícita, Gail. Pero insisto en que no derrames demasiadas lágrimas por Hal. En cierto modo... ningún espía merece que lloren por él.

Gail abrió los ojos hasta desorbitarlos dolorosamente fijos en la

espía rusa.

—¿Cómo puede ser tan cruel? ¿No se da cuenta que Hal Dawson es mi hermano y que siempre nos hemos adorado mutuamente?

Irina sonrió con cierta tristeza.

—Hal se alegrará de saber que su hermana Gail sigue queriéndolo como siempre, querida. Le hará mucho bien en estos momentos.

Gail alargó la mano siguiendo un repentino impulso y la cogió por el brazo.

—Lléveme a su lado, por favor. Se lo suplico.

—No puedo, Gail —replicó la rusa moviendo la cabeza—. Pero ten confianza en mí. Tu hermano está a salvo y en lugar seguro. Nos volveremos a ver otro día. Ahora debo irme antes de que regrese Walt Coplan. Es mejor para todos.

Gail hacía unos instantes que estaba sacudiendo la cabeza en terca negativa. Desprendiendo la mano del brazo de Irina, murmuró:

—No puedo confiar en nadie. Y mucho menos en usted que ha contribuido a que Hal sea un desgraciado.

Irina Molouska detuvo la marcha que había iniciado en dirección a la puerta y girándose, la miró fijamente.

—Voy a decirte algo para que puedas tranquilizarte, Gail —hizo una breve pausa y añadió—: Tengo la misma preocupación por Hal que tú, querida. Me interesa enormemente su seguridad personal, por qué no quiero convertirme tan pronto en viuda. Hal y yo estamos casados.

Gail abrió mucho la boca perpleja y la hermosa rusa aprovechó la ocasión para deslizarse fuera de la habitación.

CAPÍTULO IX

—La casa parece deshabitada, Brent.

—Da esa impresión, pero no lo creo. Posiblemente, Hal Dawson se halle en el interior aguardando la llegada de los rusos. No tardarán en aparecer.

—Confía mucho en sus enlaces, ¿eh?

—En ocasiones, sí y en ocasiones, no. En este caso confío plenamente en la información.

—¿Por qué no entramos y lo averiguamos?

—Un poco de paciencia, Walt. No me gustaría ser sorprendido por los agentes rusos cuando estuviésemos registrando el interior de la vivienda.

Los dos espías norteamericanos se hallaban refugiados detrás de unos grandes cubos de basura situados a quince metros escasos de la puerta que vigilaban atentamente.

La casa era de vieja construcción y constaba de dos plantas con ventanas en la planta inferior y dos balcones en el piso alto. Era una de las pocas edificaciones que se habían escapado de los bombardeos aliados durante la guerra. La calle donde estaban aparecía solitaria y silenciosa en los dos extremos. No era demasiado larga ni ancha. Más bien podía decirse que se trataba de una callejuela.

Coplan echó una ojeada a las manecillas fosforescentes del reloj.

—Son las once y cuarto, Brent.

En la penumbra que los envolvía, los dientes de Brent Dudley brillaron en mueca lobuna.

—Tranquilo, Walt, están al caer.

Como corroborando sus palabras, los faros de un coche barrieron el extremo norte de la callejuela e instantes después se introducía

un sedán oscuro en ella. Coplan y Dudley se agazaparon tras los cubos de basura y el vehículo pasó con un suave runruneo frente a ellos.

Fue a detenerse delante de la casa vigilada.

—Ahí están, Walt —susurró Dudley.

Coplan cabeceó silencioso.

Del automóvil descendieron dos individuos con los cuellos del abrigo subido y los sombreros calados. Desparrramaron una recelosa mirada por los alrededores antes de dirigirse derechos a la puerta. Debían ir provistos de la llave, puesto que franquearon la entrada sin llamar colándose en el interior.

Brent Dudley dejó pasar unos segundos y después de cerciorarse de que no quedaba ningún otro tipo en el interior del coche, hizo un ademán a su compañero.

—Adelante con el plan previsto, Walt.

Coplan se enderezó lentamente.

—De acuerdo, técnico.

—Y no dude en apretar el gatillo si llega el caso.

—No quiera darme lecciones ahora, ¿vale, Brent? Y recuerde que debemos agotar las posibilidades de atrapar vivo a Dawson. Nada de gatillear a las primeras de cambio, ¿estamos?

—Está bien, está bien —rezongó Dudley—. Esperaré a forzar la entrada cuando escuche el ruido de cristales rotos.

—Perfecto.

Walt Coplan se adelantó hacia la fachada y caminó pegado a ella avanzando con cautela. Llegó junto a una cañería de desagüe examinada con anterioridad respecto a las posibilidades que ofrecía. Después de comprobar una vez más su consistencia empezó a trepar con agilidad utilizando manos y pies.

Situado a nivel del balcón derecho, avanzó los brazos y sus dos manos se engarriaron en la baranda de hierro forjado. Durante unos instantes su cuerpo gravitó en el aire. Luego, poniendo de manifiesto el constante entrenamiento de sus músculos, flexionó los brazos hasta apoyar los codos en la parte superior de la baranda.

Instantes después, pasaba las piernas por encima de ella y pegó el oído al sucio cristal. Ningún ruido procedente del interior le indicó que su presencia hubiese sido detectada por los moradores de la vivienda y trató de acompasar la respiración después del ejercicio

gimnástico realizado al subir.

Vio avanzar a Dudley en dirección a la puerta y calculó mentalmente el tiempo que transcurriría entre romper el cristal y forzar el postigo de la parte interior. No podía tardar más de un minuto si no quería ser recibido con fuegos artificiales.

Desde la calle, Brent Dudley le hizo una señal.

Coplan extrajo su «Browning» de la funda sobaquera y empuñándola por el cañón aplicó un seco culatazo en el vidrio que saltó pulverizado. Sin perder ni una décima de segundo apoyó el hombro directamente a la plancha de madera y ésta cedió por fortuna al primer intento. Introdujo la zurda por el boquete abierto y corrió la falleba sin dificultad.

Se encontró en una habitación a oscuras que olía intensamente a moho, a vivienda largo tiempo cerrada.

Por el débil haz luminoso procedente de la calle se orientó con rapidez y avanzó hacia la puerta de la estancia, sorteando el escaso mobiliario de ella.

Empuñó el pomo de la cerradura y sin titubeos la abrió bruscamente asomando el busto por el hueco, con la pistola por delante. Se encontró en lo que parecía un largo pasillo y comenzó a internarse por él, cuando la luz lo inundó todo.

Se arrojó en veloz zambullida eludiendo por centímetros la bala que pasó silbando por encima de su cabeza.

El pasillo con puertas a ambos lados daba a una escalera que seguramente conducía al piso inferior. Y justo en la esquina se encontraba un sujeto dispuesto a enmendar el primer fallo.

Coplan no lo dudó ni una fracción de segundo.

La «Browning» crepitó en su mano adelantándose al individuo y pudo contemplar Walt la expresión de infinito asombro que se plasmaba en su semblante antes de doblar las rodillas dejando caer el arma que empuñaba.

Luego rodó por el suelo desapareciendo de la vista de Coplan y escuchó éste el estrépito que producía su cuerpo al caer rodando por las escaleras.

Se incorporó manteniéndose con los sentidos alerta.

Procedente del piso inferior le llegaron voces excitadas y enseguida escuchó pasos precipitados que subían.

Se dispuso a repeler un nuevo ataque, pero no hizo falta.

La voz de Brent Dudley le llegó nítida conminando en gutural y perfecto alemán:

—¡Quieto o disparo!

Coplan avanzó por el pasillo en dirección al final de las escaleras, cuando de pronto comenzaron a sonar estampidos en el piso de abajo y aceleró la marcha llegando en dos zancadas a la esquina.

Se asomó adoptando precauciones y un balazo arrancó una esquirla de yeso, arrojándosela al rostro.

Imprecó una maldición entre dientes tirándose de bruces al suelo.

Los disparos seguían crepitando abajo y súbitamente se escapó de una garganta un alarido de terror. Temió Coplan por la integridad de Dudley y volvió a asomarse.

Un hombre se hallaba erguido en medio de los escalones sujetándose la pechera del traje con desesperación, mientras contemplaba con ojos desorbitados la sangre que manaba abundante por el enorme boquete del tórax.

De repente se tambaleó y sus pies se enredaron en el cuerpo atravesado del individuo contra el que disparó Coplan segundos antes. Manoteó el aire buscando un asidero y al no hallarlo quiso gritar de nuevo al tiempo que se precipitaba de cabeza hacia abajo. De sus labios sólo brotaron unos sonidos ininteligibles.

En el salón del piso bajo, se incorporó Brent Dudley tras uno de los muebles, sosteniendo en la diestra la pistola aún humeante.

—¿Se encuentra bien, Walt?

—Sí. ¿Ha visto a Dawson?

—No. Registre usted la parte alta mientras yo lo hago por aquí. Pero dese prisa antes de que acuda la policía.

Coplan fue abriendo todas las puertas del pasillo a patadones, echando una rápida ojeada al interior de los cuartos. No descubrió nada anormal y minutos después se reunía en el piso de abajo con Dudley, que estaba examinando los cadáveres.

—Dos pájaros del escalafón inferior —comentó Dudley.

—¿Ni rastro de Hal Dawson? —inquirió tenso Coplan.

Brent Dudley sacudió la cabeza en sentido negativo y agregó Walt:

—Sus enlaces fallaron, ¿eh, Brent?

—No, Walt. Más bien opino que nos precipitamos entrando aquí tan pronto. Es posible que éstos llegaran antes que Dawson a la cita —luego encogió los hombros desalentado—. El caso es que ahora no vendrá.

—¿Han muerto los dos?

—Sí.

—Lástima —se lamentó Coplan—. Nos hubiesen podido aclarar algunas cosas.

—Lo dudo. Esta gente parecen tener los labios sellados. En todo caso lo intenté, pero el fulano tenía la pistola empuñada y se revolvió empezando a disparar como un energúmeno.

Coplan compuso una mueca.

—Algo parecido me ocurrió a mí. Por cierto: una de sus balas estuvo en un tris de perforarme la cabeza, Brent.

—¿Está seguro?

—Por la trayectoria del balazo tuvo que ser así. —Lo siento, Walt.

—Está bien. La verdadera pena es que no pudiésemos coger con vida a uno por lo menos.

Dudley miró, con aprensión hacia la puerta de salida que continuaba abierta.

—Convendría salir de aquí, Walt.

Coplan dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, de nada sirve lamentarse ahora. Larguémonos.

Los dos agentes salieron nuevamente a la callejuela que seguía solitaria. Echaron una mirada a ambos extremos y entonces descubrieron la silueta de una persona que se alejaba a grandes zancadas. Reconoció Coplan de forma inconfundible a su amigo Hal Dawson.

Reaccionando con prontitud echó a correr en pos de él.

—¡Eh, Hal!

CAPÍTULO X

Hal Dawson dio la impresión de que titubeaba brevemente al escuchar la llamada de su amigo; pero luego inició una veloz carrera alejándose. Desoyendo los gritos de éste.

Walt imprimió mayor velocidad a sus piernas.

Las sirenas de la policía comenzaron a ulular aún lejanas, pero acercándose gradualmente al lugar.

Algún vecino del contorno debió escuchar los disparos y se apresuró a cumplir con su deber cívico telefoneando a los agentes de la ley, aunque él permaneció al abrigo de su hogar.

Coplan llegó jadeante a la primera esquina y vio que Dawson, a unos quince metros de él, abría la portezuela de un coche estacionado junto a la acera introduciéndose en él.

—¡Espera, Hal! —gritó en impotente llamada.

Pero el automóvil arrancó pegando un brinco hacia adelante, tan pronto estuvo Hal en el interior. Los neumáticos chirriaron en sonora protesta por la temeraria velocidad de arranque y pronto sus rojos pilotos desaparecieron de la vista de Coplan doblando en la primera travesía.

Walt Coplan se frenó en seco apretando los puños furioso y soltando una retahíla de improperios.

Habían tenido a Hal Dawson al alcance de la mano y se les escapaba a pesar de todo. Maldijo interiormente su precipitación por penetrar en la casa. Debió hacer caso de la veteranía de Dudley que le recomendó un poco de paciencia. Pero él temió que los rusos citaran a Hal en aquel lugar con el único propósito de cerrarle la boca liquidándolo.

Por eso quiso entrar sin pérdida de tiempo.

Las sirenas policiales sonaban cada vez más próximas.

No obstante, algo positivo había sacado de todo aquello: ahora sabía que Hal Dawson no se encontraba solo. En el coche donde acababa de huir se encontraba una persona tras el volante manteniendo el motor en marcha para una rápida fuga.

Sintió un chirrido de frenos a su lado y giró la cabeza.

Brent Dudley asomaba el busto por la ventanilla del coche que habían utilizado para venir y hacía gestos excitados con gran aspaviento, apremiando:

—¡Vamos, Walt! ¿Quiere que nos atrape la policía?

Se introdujo Coplan en el vehículo y Brent Dudley pisó a fondo el acelerador alejándose de la callejuela, justo a tiempo de eludir a los coches de la policía.

Sin disminuir la marcha, inquirió:

—¿Por dónde escapó Dawson, Walt?

Coplan alzó los hombros displicente.

—Es inútil intentar seguirlos, Brent. Nos llevan demasiada ventaja para darles alcance.

Brent Dudley arrugó el ceño.

—¿Está pluralizando, Walt?

—Dawson tiene por lo menos un cómplice —explicó Coplan—. Alguien lo aguardaba a punto para salir disparados al menor síntoma de emergencia. Es indudable que cuenta con apoyo.

—Entonces..., ¿qué hacemos?

Walt Coplan se tomó unos segundos para responder.

—Regresar al hotel —masculló hosco—. Será difícil que se nos presente otra ocasión como ésta de coger a Dawson. Se puede decir que lo hemos rozado con la punta de los dedos.

—Desde luego —convino Dudley—. Debimos aguardar unos minutos antes de penetrar en la casa.

—La responsabilidad en este caso es sólo mía, Dudley —resopló ásperamente Coplan—. Me equivoqué.

—No lo dije como reproche, Walt. No se culpe demasiado por ello. En nuestra profesión no siempre se acierta.

—Infiernos, Dudley —imprecó furioso Walt—. Debí hacerle caso y esperar. De todas formas creí que los rusos se disponían a cerrarle la boca a Hal.

—Usted mismo dijo que de nada sirve lamentarse después de un fracaso, Walt. Cuando lo deje en el hotel comenzaré a mover los

hilos de nuevo. Es posible que se produzca la ocasión de enmendar.

—Será difícil.

—Pero no imposible. Mis enlaces están muy bien relacionados en el mundillo que nos interesa.

Minutos después detenía Brent Dudley el coche frente a la puerta del hotel y dijo:

—Me pondré en contacto con usted si se produce alguna novedad, Walt. A la hora que sea, ¿no?

Coplan se giró en el asiento mirándolo.

—¿Por qué no sube a tomar una copa? —propuso—. Tengo una botella en la habitación y creo que a los dos nos vendrá bien un trago.

Dudley forzó una sonrisa quitando el contacto.

—Me parece una excelente idea, Walt.

El conserje nocturno les dedicó una mirada indiferente al entregarles la llave y los dos agentes subieron a la planta. Se disponían a pasar de largo ante la puerta de Gail, cuando ésta se abrió y en el hueco se enmarcó la chica revistiendo una bata sobre el camión.

—¿Por qué has tardado tanto, Walt? —dijo nerviosa a modo de saludo—. Llevo una eternidad esperándote.

Coplan torció el gesto reprobativo.

—Deberías estar durmiendo, Gail.

—Estuvo a verme una mujer, Walt —explicó ella—. Dijo que no debía preocuparme por Hal... Que estaba bien y nada le ocurriría.

Los dos agentes cambiaron una sorprendida mirada y luego cogió Coplan por el brazo a la chica, empujándola suavemente al interior. Cuando cerró la puerta Dudley, indagó Walt:

—¿Quién era esa mujer, Gail?

—Dijo llamarse Irina... El apellido es ruso. También me dijo que es espía soviética.

—¿Por qué no te serenar y tratas de explicarlo con calma, Gail?

—Propuso Coplan obligándola a tomar asiento en la cama—. ¿Qué es eso de que Hal no está en peligro?

Gail Dawson hizo un relato lo más coherente posible de lo que le había ocurrido con Irina Molouska. Los dos hombres la escucharon sin apenas interrumpirla con breves aclaraciones y al concluir la muchacha se abrió una pausa silenciosa.

La cerró Dudley masajeándose el mentón dubitativo:

—Todo esto es bastante extraño. ¿Sabían algo en Washington respecto a esa boda de Dawson, Walt?

Coplan sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Puede ser una argucia de los rusos, Dudley.

—Entiendo. Pero ¿con qué finalidad?

—Eso no lo podremos saber por el momento.

Gail los interrumpió preguntando anhelante:

—¿Habéis podido averiguar algo de Hal, Walt?

El joven movió la cabeza lentamente mintiendo:

—Por ahora nada —luego se giró a Dudley—. ¿Cuándo tiene que conectar con Willkie, Brent?

—Ordenó que lo hiciera de forma periódica.

—Está bien, póngase en contacto con él y explíquele todo esto. Tomaremos la copa en otro momento.

Dudley dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo, Walt.

Una vez hubo salido Dudley de la habitación, Walt se aproximó a Gail y le puso las manos en los hombros.

—Ahora es conveniente que trates de dormir un rato, Gail. Nada podemos hacer todavía.

—¿Crees que esa mujer mentía, Walt?

—No lo sé, Gail. Sinceramente: esto se está convirtiendo en un galimatías.

—Temo por la vida de Hal, Walt —murmuró ella trémula la voz—. Para él todas las alternativas son malas. Seguir con los rusos o caer en vuestras manos, ¿qué más da?

—No pienses en eso ahora, Gail. Te conviene descansar.

La chica levantó la cabeza y durante unos segundos la mirada de ambos quedó prendida en la del otro. Walt podía percibir el perfume embriagador de ella y sintió que la sangre se agolpaba en sus sienes. El bello rostro a escasos centímetros del suyo...

Sin poderlo evitar ninguno de los dos, quedaron prendidos en fuerte abrazo y un torbellino los envolvió.

Los labios de Walt buscaron los de ella y Gail respondió generosamente a la caricia de él, al tiempo que se refugiaba en su pecho de forma angustiada.

Poco después la separó suavemente Walt, murmurando ronca la

VOZ:

—Es mejor que tratemos de dormir, Gail.

—Sí, Walt —susurró ella rojas las mejillas.

—Te aconsejo que tomes un somnífero. Si quieres puedo pedirlo al conserje.

—No hace falta —denegó Gail distendiendo los labios en débil sonrisa—. Últimamente... acostumbro a llevar siempre en el bolso.

Walt la sujetó del brazo con la zurda y apoyando el índice curvado de la diestra bajo la barbilla femenina, la obligó a levantar la mirada.

—Prométeme que intentarás descansar, querida.

—Sí, Walt.

—Sabes que estoy al lado. Si ocurre algo bastará con que toques en la pared y acudiré enseguida. Gail dijo que sí moviendo la cabeza.

—Buenas noches, Gail.

Besó Walt la frente satinada de la chica de manera fugaz y abandonó la habitación.

Entrando en la suya, se desprendió del abrigo que tiró encima de un sillón y encendiendo un cigarrillo tumbóse vestido sobre el lecho. Durante largo rato fumó con fruición mientras repasaba en la mente los acontecimientos acaecidos en las últimas horas.

¿Qué pretendía Hal enviando a la tal Irina con el pretexto de tranquilizar a su hermana? ¿No sería otra maniobra del espionaje soviético para distraer la atención de ellos?

De pronto se le ocurrió la idea de que Hal Dawson pretendiese llevarse a Gail a la zona oriental en su compañía. Crispó las mandíbulas furioso porque posiblemente la respuesta de Gail podría ser afirmativa en el caso de que se lo propusieran.

Hubiese podido aclarar muchas cosas de haberle echado el guante a Hal aquella noche. Y todo se estropeó por su maldita precipitación de entrar en la casa de la cita.

Sacudió la cabeza saliendo de sus pensamientos porque el teléfono comenzó a sonar sobre la mesita de noche.

Alargó el brazo descolgándolo y lo aplicó al oído. Pensando en que sería Brent Dudley, dijo:

—Walt Coplan.

A través del micro le llegó una risita suave.

—¿Cómo estás, amigo Walt?

Coplan pegó un salto incorporándose sorprendido y ya en pie aulló:

—¡Hal!

—El mismo, Walt. Veo que sigues reconociendo perfectamente mi voz.

—Escucha, Hal —gruñó precipitadamente Coplan—. Tenemos que hablar lo antes posible. Te has metido en un buen lío.

—Por eso mismo te llamo, Walt —respondió Hal Dawson al otro extremo del hilo—. Deseo concertar una entrevista contigo.

—Puedo ir ahora mismo adonde digas, Hal.

—No, Walt —contestó Dawson—. Tienen que transcurrir algunas horas antes de vernos. Digamos... mañana sobre las doce del mediodía. Pasea solo por la Taventzienstrasse, frente al edificio Telefunken. En cualquier instante se detendrá junto a ti un «Taunus» color rojo para que subas a él. Lo conducirá una hermosa muchacha de cabellos negros. Ella te traerá a mi lado... siempre que acudas sólo a la cita, ¿comprendes?

—Sí, pero...

—Mañana hablaremos extensamente, Walt.

—Una cosa, Hal.

—¿Sí?

Crispados los maxilares, inquirió Coplan:

—¿Por qué lo hiciste, Hal?

—¿El qué, Walt?

—Lo sabes de sobra. Arrojar la carga explosiva contra Tower y Mac Nary.

De nuevo llegó a los oídos de Coplan la risita suave, casi hiriente.

—Fue necesario, Walt, de veras. Recuerda: mañana a las doce frente al edificio Telefunken.

Coplan fue a decir algo más, pero el chasquido que sonó en el auricular le indicó que la comunicación se había cortado.

CAPÍTULO XI

A las nueve menos doce minutos lo despertó el timbrazo insistente del teléfono. Apenas si había podido dormir y sólo a altas horas de la madrugada consiguió conciliar el sueño. Fue un sueño inquieto, lleno de desasosiego.

El que llamaba era Brent Dudley.

Le comunicó que no había nada nuevo en relación al paradero de Hal Dawson. Parecía habérselo tragado la tierra y sus contactos se mostraban incapaces de localizarlo. Coplan se limitó a emitir un gruñido, omitiendo su conversación telefónica con el hermano de Gail la noche anterior. También se lo ocultaría a ella.

Pero si bien Brent Dudley no pudo aportar nada nuevo en relación a Dawson, sí tenía noticias para Walt. Con cierto sarcasmo en la entonación, lo informó que Herbert Willkie llegaría a Berlín sobre las once y media de la mañana. Que había decidido ponerse al frente del caso dadas las circunstancias.

Coplan encogió los hombros mascullando indiferente:

—Mejor para nosotros, Brent.

—Dijo que estuviésemos esperándolo usted y yo, Walt.

—Pues yo, paso, Brent.

—¿Cómo dice?

—Que tendrá que ir solo, Brent. Tengo algo importante que hacer esta mañana. Gail se ha empeñado en que le de una vueltecita por la ciudad y le muestre los lugares más pintorescos.

—¿Se ha vuelto loco, Walt?

—Creo que no, pero todo es posible.

—Este asunto tiene primacía sobre todo lo demás, Walt. Willkie se pondrá furioso.

—Invente cualquier excusa, Brent. De todas formas no pienso ir

a recibirlo.

—Escuche, Walt...

—Dígale, por ejemplo; que no ha podido localizarme en el hotel esta mañana —cortó Coplan—. Luego será asunto mío enfrentarme a él y soportar sus gritos, ¿no?

Al otro lado del hilo se escuchó un breve suspiro.

—Está bien, Walt, allá usted. Le diré que al llamar esta mañana, ya se encontraba fuera del hotel.

—Buen chico, Brent —dijo Coplan ahorquillando.

Pasó al cuarto de baño y permaneció largo rato bajo el chorro de agua tibia que gradualmente fue cortando hasta concluir con el líquido frío. Tonificados sus músculos se vistió sintiéndose más despejado que cuando llamó Dudley.

Desayunó en compañía de Gail, a la que encontró algo ojerosa aquella mañana, lo cual consideró como normal después de la noche que con toda seguridad pasó en constante tensión.

Le dijo que tenía que reunirse con Dudley por si había conseguido algunos adelantos en descubrir el paradero de Hal y que se reunirían a la hora del almuerzo en el propio hotel. Ella mientras tanto podía aprovechar la mañana para dar un paseo por la ciudad.

Gail mostró su disgusto porque Walt no la llevara con él, pero el joven se mantuvo inflexible en ese punto. Lo que tenía que hablar con Dudley era rutinario y no veía la necesidad de que ella lo acompañase.

A las once y media en punto se encontraba paseando por la importante arteria de la zona occidental de Berlín, frente al edificio señalado por Hal. Los «Taunus» de color rojo abundaban, pero ninguno se detuvo a su lado conducido por una hermosa morena.

Aplastaba la punta del tercer cigarrillo con la suela del zapato, cuando el coche en cuestión se detenía junto al bordillo donde él se encontraba. Irina Molouska, inclinada en el asiento delantero, mantenía la portezuela contraria al volante abierta, invitándolo a que tomara asiento junto a ella.

—Vamos, Walt, entre aprisa. No puedo estacionarme aquí.

Coplan penetró en el «Taunus» sin titubeos y una vez aposentado junto a la bella mujer, arrancó de nuevo ésta, presentándose:

—Mi nombre es Irina Molouska, Walt.

Coplan torció el gesto en agria sonrisa.

—Cuñada de Gail Dawson, ¿no, encanto?

Emergiendo de improviso en el asiento posterior del vehículo, aclaró Hal Dawson:

—Exacto, Walt. Irina y yo estamos casados.

Respingó Coplan sinceramente sorprendido e intentó girarse, cuando puntualizó Dawson en tono helado desde atrás:

—No creo que sea necesario utilizarla, pero tengo una pistola apoyada en el respaldo de tu asiento, muchacho. Y son tan frágiles los tapizados de estos coches...

Walt se inmovilizó cabeceando hosco.

—Comprendo, Hal.

Dawson alargó el brazo zurdo por encima del hombro de Walt Coplan y palpó la axila de su amigo. Extrajo la «Browning» de la funda sobaquera y guardándola en el bolsillo, sonrió:

—Una simple medida de seguridad, Walt.

Coplan comentó amargamente:

—Como cambian los tiempos, ¿eh, Hal? ¿Quién se hubiese atrevido a pronosticar que seríamos enemigos algún día?

—No tenemos por qué serlo, Walt.

—¿No? Lo que hiciste con Tower y Mac Nary fue monstruoso, canallesco. Un crimen sin perdón.

—No sigas buscando calificaciones, Walt... Lo hice porque era preciso y no me arrepiento de ello.

Walt Coplan se giró lentamente en el asiento y contempló el rostro demacrado de Hal, entre conmisericordioso y furioso. Después de unos segundos mirándolo intensamente, dijo:

—¿Cómo puedes haberte convertido en un ser repugnante, Hal? ¿Qué es lo que han hecho contigo? Te estoy mirando y apenas si puedo reconocerte. Veo a otra persona distinta a la que siempre conocí y te juro que me inspiras un desprecio infinito.

—Es natural, Walt —comentó burlón Dawson—. Tú siempre fuiste una persona modelo, un agente incorruptible de la famosa CIA.

Coplan sintió la imperiosa necesidad de hacer daño al que fue su mejor amigo. Lanzando una fugaz mirada desdeñosa a Irina, inquirió:

—¿Qué te han prometido, Hal? ¿Acaso los placeres de esta fulana?

Los ojos de Hal Dawson fulguraron y en sus labios hubo una leve crispación, pero enseguida se rehízo y chasqueó la lengua al tiempo que movía la cabeza.

—Haces mal en tratar de exasperarme, Walt. Recuerda que tengo el cañón de mi pistola apuntándote a la espalda y podría enfadarme de verdad, muchacho.

—Sería un digno colofón a tu carrera, Hal —masculló Coplan—. Asesinar al que fue tu mejor amigo por la espalda.

—Dejemos el tema, ¿quieres, Walt? Me molesta.

—¿Has pensado en el sufrimiento que estás causando a Gail? —siguió diciendo excitado Coplan—. Ella es la víctima principal de tu canallada, Hal.

Dawson inclinó un instante la cabeza.

—Por ella es por la única que lo siento.

—¿Lo sientes? —rugió Coplan encrespado—. No tengas la desfachatez de decir que lo sientes, Hal. Es otra nueva mentira en tu asquerosa vida de traidor.

Hal Dawson apretó con fuerza las mandíbulas y advirtió en tono helado, fijas las pupilas en el rostro de Walt:

—Ya basta, muchacho.

—No, Hal, aún te queda por escuchar algunas cosas. No se puede hacer lo que tú has hecho y mantenerse al margen del lodo. Quiero que te des perfecta cuenta de todo.

Desde el volante, intercedió Irine Molouska:

—Calle, Walt. Se está extralimitando.

—No me digas, encanto —se mofó con acritud el joven—. Si Hal ha cometido su traición por tus encantos hay que reconocer que lo han estafado. No vales...

—¡Basta, Walt! —cortó silabeante Hal, poniendo el frío cañón de la pistola en la nuca de Coplan—. No vuelvas a hablar en ese tono a mi esposa. No lo consiento.

—No seas necio, querido —reprendió la mujer sin apartar la vista de la calzada, ya que el «Taunus» se deslizaba a buena velocidad en dirección a los suburbios—. Las palabras de Walt son sólo eso: palabras. Oculta la pistola. Alguien puede verla al pasar.

En el Interior del vehículo se hizo un silencio, que al prolongarse, lo rompió Coplan:

—¿Dónde me lleváis, Hal?

—Lo sabrás cuando lleguemos.

—¿Acaso has pensado coronar tu obra entregándome a los rusos? Te advierto que continuó siendo un eslabón insignificante en el gran engranaje. Tengo poco valor para tus nuevos amos.

Y frunció Coplan el ceño, porque Hal Dawson estaba diciendo:

—A estas horas habrá llegado Willkie ya a Berlín, ¿verdad, Walt?

Coplan tardó unos instantes en responder.

—Es posible.

—No te hagas el idiota, Walt. Me consta que Herbert Willkie ha llegado a la ciudad a las once y media.

—¿Y qué?

—Nada. Sencillamente, que he decidido entregarme a él y quiero que tú estés presente. Irina nos conduce al lugar donde aguardan Brent Dudley y él. Mi esposa es portadora de una prueba que pondrá en evidencia a un traidor camuflado en vuestras filas. La entregará a Herbert Willkie en presencia de Dudley y tuya.

Dicho esto, Hal Dawson tendió a Coplan su «Browning» por encima del asiento, y también su propia arma.

CAPÍTULO XII

En una pequeña nave perteneciente a un almacén situado en las afueras del Berlín oeste, Herbert Willkie se mantuvo frío, inexpresivo, al decir despacio:

—Conque al final ha decidido entregarse, ¿eh, Dawson?

Hal asintió afirmativo.

—Así es, Willkie.

—Cuando al descender del reactor me dijo Dudley que Coplan había ido a recogerlos porque habían decidido firmemente entregarse, me costó trabajo creerlo.

—Lo supongo, Willkie.

—Sabe... sabe lo que le ocurrirá, ¿verdad, Dawson? Lo único que puedo prometerle es un juicio imparcial.

Hal Dawson sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No habrá juicio alguno, Willkie —respondió con firmeza. Consultó el reloj y después agregó—: Tanto Irina como yo hemos tomado unos comprimidos que comenzarán su efecto dentro de unos minutos. Nos largaremos de su compañía y esta vez... para siempre.

Coplan, Dudley y Willkie, parpadearon asombrados, atónitos, contemplando a la pareja que se hallaba ante ellos. Confesaban con una frialdad escalofriante que habían ingerido unos comprimidos para quitarse la vida allí, ante la propia vista de ellos.

Walt Coplan quiso aproximarse impulsivamente a Dawson, pero éste lo contuvo con un gesto, dedicándole la sombra de una sonrisa.

—Es demasiado tarde para intentar algo positivo, Walt. Dispongo de escasos minutos y deseo descargar mi conciencia. No quiero que mi nombre quede grabado en los anales del espionaje como el de un vil traidor por lo que hice.

Un silencio impresionante gravitó sobre ellos.

Impasible, dijo Willkie:

—Adelante, Dawson.

Hal se tomó unos segundos para poner en orden sus pensamientos. Luego comenzó a explicar:

—Cuando me detuvieron en Varsovia fui conducido rápidamente a Rusia. Durante los primeros días hicieron todo lo posible por sacarme cuanto sabía y debo admitir que lo consiguieron. Disponen de métodos muy convincentes y de nada sirvió mi resistencia. A fin de cuentas: era bien poco lo que podía decirles de importancia y tuvieron que desistir de los interrogatorios especiales a los que me sometieron. Entonces me llevaron a un campo de prisioneros donde, aunque parezca extraño, disfrutábamos de cierta libertad. Controlada en todo momento, por supuesto. Allí fue donde conocí a Irina.

Hizo una breve pausa Hal y apremió Willkie:

—Siga, Dawson.

—Ambos nos enamoramos recíprocamente después de tratarnos durante unas semanas. Ella era la persona designada por el espionaje soviético para mi vigilancia personal. Irina estaba harta del Gobierno de su país y así me lo confesó en distintas ocasiones. Yo al principio desconfié de ella. Fue unos meses después cuando pude darme cuenta de la sinceridad de su amor por mí. Nos casó un sacerdote católico a escondidas y desde aquel instante formamos parte el uno del otro.

—Muy romántico —comentó escéptico Herbert Willkie.

—En efecto, Willkie. Es extraño que en estos tiempos pueda suceder una cosa así, ¿no?

—Continúa, Hal, por favor —pidió grave Coplan.

—Estamos llegando al punto más importante de mi relato, Walt, amigo mío. —Dawson crispó los músculos del rostro en mueca de dolor interno. Haciendo un visible esfuerzo, prosiguió—: Irina había estado trabajando unos meses en Yugoslavia, antes de ir destinada al campo de prisioneros. Durante ese período cayó en sus manos un secreto de extraordinario valor para el espionaje norteamericano. Nada menos que el nombre de un agente de los rusos incrustado entre los jefes de la CIA. Me lo confió después de nuestro matrimonio y desde aquel mismo instante comenzamos a elaborar

un plan para escapar juntos de Rusia. Se trataba de hacer creer a los jefes de Irina que ella me había convencido para trabajar con ellos. Si accedían a ponerme en libertad, prometía a mi vez servirlos fielmente, de forma incondicional. Tardaron mucho tiempo en estudiar mi proposición y finalmente, el propio Vladimir Surkoff nos llamó a su despacho de Moscú.

Willkie frunció el ceño interrumpiendo:

—¿Así de sencillo?

Los párpados de Dawson daban la impresión de pesar como el plomo. Irina también comenzó a dar señales de un profundo cansancio y fue junto a su esposo apoyando la cabeza en su hombro. Hal hizo un visible esfuerzo y rodeando el talle de ella con el brazo, continuó:

—Desde el primer instante se encargó Surkoff de tirar por tierra los proyectos que teníamos de engañarlo. Sabía que nuestros propósitos eran falsos y también que nos amábamos hasta el punto de haber cometido la estupidez de hacernos casar por un sacerdote. Irina y yo cambiamos una mirada francamente asustados por las inevitables represalias que tomarían, cuando Surkoff nos dio la gran sorpresa. Aún puedo recordar textualmente sus propias palabras: «Sin embargo, estamos dispuestos a permitir que usted y su esposa abandonen Rusia y puedan instalarse en el país de Sudamérica que elijan, bajo falsa identidad, Dawson. Usted puede ser canjeado por uno de los nuestros y llevar a cabo una importante misión para nosotros en Estados Unidos. Naturalmente, su esposa Irina quedará aquí hasta que estemos convencidos de que usted ha cumplido su parte del acuerdo. Luego le prometo que la dejaríamos en completa libertad de cruzar al Berlín occidental».

Hal se detuvo crispando los labios en mueca de dolor. Su rostro estaba lívido y la frente perlada de un sudor frío que le resbalaba hasta el puente de la nariz.

Hizo un nuevo y tremendo esfuerzo para seguir hablando, aunque sus palabras se debilitaban por momentos:

—Comprendí que lo único que ellos ignoraban era el secreto de mi esposa respecto al espía ruso incrustado en nuestras filas. Acepté el pacto después de conocer la proposición de Surkoff. Yo tenía que eliminar a Russell Tower para que Irina saliese de Rusia y con ella su secreto. Se trataba de cambiar la vida de uno de nuestros jefes

por desenmascarar a una persona que nos estaba haciendo mucho daño. Tengo que confesar la terrible confusión que tuve antes de aceptar el pacto. No tema a nadie a mi lado para darme un consejo acertado o simplemente una orden certera. Tenía que hacerlo solo para bien o para mal. Me decidió el pensamiento de que muchos de nuestros hombres podían morir como consecuencia de los informes que transmitiese el espía ruso metido en la CIA, en caso de no ser descubierto. Ahora, al pensarlo fríamente, con serenidad, mi conciencia me dice que quizá me equivoqué. El caso es que accedí al compromiso. Irina tenía que abandonar Rusia a toda costa y aquél era el único medio de lograrlo.

En la pausa silenciosa que siguió cuando Hal Dawson concluyó su relato, inquirió Walt Coplan:

—¿Y no se te ocurrió pensar que los rusos podían no cumplir su palabra de dejar en libertad a Irina?

Dawson forzó una sonrisa.

—No tenía otra alternativa que confiar en ellos, Walt. Por eso salí huyendo después de... cumplir mi parte del convenio. Necesitaba regresar urgentemente a Berlín y reunirme con Irina. Afortunadamente, los rusos han cumplido y nosotros tenemos ahora el microfilme que delata al hombre que os interesa.

Coplan se pasó la mano por el rostro y sugirió meditativo:

—Irina pudo confiarte el secreto y no hubieses tenido necesidad de asesinar a Tower y Mac Nary, Hal.

Dawson compuso una mueca mirándolo fijamente.

—¿A cambio de dejarla a ella en poder de Surkoff, Walt? ¿Sabes lo que hubieran hecho con Irina si yo los llego a traicionar?

Coplan dio una lenta cabezada.

—Me lo imagino, Hal.

—Pues ella es lo más importante de mi vida, muchacho —siguió diciendo Dawson con énfasis—. He prestado un valioso servicio a mi patria, aunque para ello también he cometido un crimen alucinante, horrible. No estoy tratando de justificarme ante nadie, porque es posible que en vuestras mentes no pueda penetrar esta absurda idea. Mi mujer y yo... sólo deseamos morir en paz.

Un nuevo crispamiento se produjo en el semblante de Dawson y Herbert Willkie se adelantó un paso solicitando:

—Entréguese el microfilme, Dawson.

—Espere, Willkie —pidió Hal extendiendo la diestra.

—¿Qué desea, Dawson?

—Responda antes a una pregunta. ¿Puede llegar a comprender mi postura en este caso?

Willkie encogió los hombros indiferente. Su rostro era una máscara inexpresiva, impertérrita.

—¿Qué puede importarle eso ya, Dawson?

Hal cabeceó bruscamente con un resto de energías, mientras en sus pupilas destellaba la ansiedad que sentía.

—Quiero que alguien me diga que mi decisión no fue del todo equivocada. Deseo saber que nuestro sacrificio no ha sido estéril. ¿No comprende que lo necesito?

A Irina comenzaron a doblársele las piernas y Hal tuvo que sujetarla con fuerza. Mirándolo amargamente, pidió Coplan, enronquecida la voz a causa de la emoción:

—Tranquilízate, amigo.

—¿Es que nadie puede responder a mi pregunta? —Casi suplicó Dawson mirando alternativamente a los tres hombres que durante años habían sido sus compañeros.

—Está bien —suspiró Herbert Willkie asintiendo—. Reconozco que tiene un gran atenuante en su conducta, Dawson. ¿Me va a entregar ahora esa prueba por la que tan alto precio ha pagado?

Irina se desvaneció en los brazos de Hal y éste se inclinó depositándola suavemente, con inusitada ternura en sus movimientos, en el suelo de la nave. Luego cogió el bolso que ella había tenido todo el tiempo colgado del brazo, y abriéndolo extrajo del interior un pequeño cilindro metálico.

Lo tendió lentamente a Willkie.

—Ahí se encuentra el nombre de la persona que les interesa. Es un documento irrefutable.

Durante todo el rato que llevaban hablando habían permanecido cerca de una puerta que facilitaba el acceso a la nave. Coplan observó que la hoja placada en hierro se entreabría sigilosamente unos centímetros y sus músculos se tensaron disponiéndose a repeler una inminente agresión.

Por su situación fue el único que pudo advertirlo y subió lentamente la mano a la axila, hacia la culata de la «Browning». Si gritaba alertando a sus compañeros podía precipitar los

acontecimientos con fácil resultado para ellos.

Pero de súbito quedó petrificado de infinito estupor al reconocer a las dos personas que asomaban en el hueco.

Herbert Willkie tenía ya en su mano el pequeño cilindro, cuando avanzando, propuso risueño Russell Tower:

—¿No crees que esa prueba de vital importancia estará mejor en mis manos, Herbert?

Willkie respingó intensamente pálido y contempló atónito el avance de Russell Tower y Stow Mac Nary. Sacudiendo la cabeza negándose a creer lo que veían sus ojos y balbució lívido de pavor:

—No puede ser...

Russell Tower plasmó una sonrisa en su campechano semblante afirmando:

—En el mundo del espionaje todo es posible, Herbert. Hasta que los muertos resuciten.

De pronto lanzó un rugido Willkie y reaccionando con insospechada celeridad extrajo una pistola encañonando en semicírculo, al tiempo que intentaba retroceder.

—Al primero que se mueva lo dejo frío —amenazó torvo.

Pero Brent Dudley hacía bastante rato que se hallaba preparado para aquella contingencia y actuó con rapidez saltando sobre él y sujetándole el brazo armado, intentando retorcérselo a la espalda.

Willkie se debatió con fiereza y la pistola se disparó inofensivamente hacia el techo. Dudley tenía el rostro congestionado haciendo desesperados esfuerzos por reducirlo.

Mirando a Coplan, indagó tranquilo Tower:

—¿No le echas una mano a Brent, muchacho?

Pero Walt Coplan se encontraba todavía alelado, incapaz de reaccionar con lucidez.

Tuvo que ser Hal Dawson el que se adelantara ayudando a Dudley en el empeño de reducir a Willkie. Cuando lo consiguieron, quedaron los tres jadeantes y la pistola se hallaba en manos de Brent, incrustada en los riñones del que había sido su jefe durante unos días.

Irina se incorporó del suelo ayudada por Hal y en ninguno de los dos pudo advertir Coplan el menor síntoma de cansancio.

Sin perder la sonrisa de sus labios, dijo Russell Tower acercándose a Willkie:

—Huelgan los comentarios, ¿verdad, Herbert? Para tu conocimiento, debo comunicarte que en este microfilme no existía nada comprometedor para nadie. Estaba en blanco. El verdadero se encuentra en nuestro poder desde hace ya bastantes días. Tampoco necesitábamos esta prueba más de tu culpabilidad, puesto que está suficientemente probada en el otro. Una verdadera lástima, ¿verdad?

Willkie inclinó la cabeza taciturno.

Entretanto, Hal Dawson se aproximó risueño a su amigo Walt Coplan y puso la diestra en su hombro, comentando irónico:

—¿Qué impresión te he causado como actor, Walt? No me negarás que mi interpretación podría firmarla el propio Paul Newman, ¿eh?

Walt Coplan movió la cabeza ceñudo.

Y de repente disparó el puño que fue a estrellarse en el pómulo de su amigo Hal Dawson, el cual rodó por tierra catapultado por la violencia del golpe.

—¿Qué te he parecido como pegador, Hal? —masculló áspero—. ¿Podría firmar mi puñetazo Joe Frazier?

En el suelo, sacudió Dawson la cabeza tratando de despejarse, con un hilillo de sangre en la comisura de la boca.

—Pegas fuerte, cuñado.

—Pues ése ha sido el de Gail. Todavía me debes otro por mí.

Russell Tower vino junto a ellos reprobativo.

—Vamos, vamos, señores. ¿No pueden dejar de hacer tonterías y portarse como personas civilizadas, caramba?

CAPÍTULO XIII

Hora y media más tarde, un reactor despegaba de la zona occidental de Berlín con rumbo a Washington, llevando a ocho pasajeros en su interior. En una hilera de tres asientos situados en la parte delantera, se sentaban Russell Tower, Walt Coplan y Gail Dawson, que tenía la diestra entre las manos de Walt.

Algo más atrás se hallaban Stow Mac Nary en compañía de Irina Molouska y Hal Dawson.

En la cola del avión, el agente Hugh Wallace se encargaba de vigilar a Herbert Willkie, derrumbado, deshecho, en el asiento que ocupaba.

Mirando de soslayo el rostro pétreo, hosco, de Walt Coplan, autorizó con una sonrisa bonachona Russell Tower:

—Empiece a disparar las preguntas, Walt.

Coplan arqueó las cejas fingiendo asombro.

—¿Un simple agente que acaba de presentar su dimisión como miembro activo tiene derecho a explicaciones, señor?

—Vamos ya, Walt, no sea rencoroso, caramba. Comprendo que arda en deseos de romperle la cara a alguien. Si no fuera por sentar un precedente, yo mismo me dejaría golpear. —Hizo una pequeña pausa Tower y empezó a decir—: Todo cuanto explicó su futuro cuñado respecto a Irina y él en la nave de aquel almacén, es la pura verdad. Con algunas variaciones naturalmente. El microfilme que demostraba la culpabilidad de Willkie me lo entregó en la primera entrevista que sostuvimos. Era lógico el deseo de los rusos en eliminarme. Primero porque quitaban de en medio a un modesto cerebro que les estorbaba, y segundo, porque de esa forma, Willkie escalaba posiciones.

Después de varios segundos en silencio, accedió a preguntar

Coplan:

—Yo mismo tuve ocasión de ver sus cadáveres destrozados en la villa de Annapolis, señor.

—Dos hombres del depósito de cadáveres de Washington que no pudieron ser identificados. Revistiendo nuestras vestimentas y horriblemente mutilados, eran imposible de reconocer. El forense ratificó a Willkie que se trataba de Stow y yo, para que no tuviese dudas.

—Si Hal se encontraba ya fuera de Rusia, ¿qué necesidad hubo de montar el siniestro tinglado, señor?

—Dawson puso como condición que debíamos intentar el rescate de su esposa que había quedado en manos comunistas, Walt. Si el plan salía bien y los rusos cumplían la palabra dada a ellos, todo solucionado. En caso contrario, me comprometí a intentar rescatarla por nuestros propios medios. Afortunadamente, los rusos cumplieron su parte después de que Herbert informara favorablemente de Hal.

—¿Conocía Brent Dudley toda la verdad?

—En gran parte, sí. La lealtad de Dudley ha sido probada infinidad de veces. Necesitábamos su colaboración para conectar con Willkie e informar de lo que convenía. Por ejemplo: la visita de Irina a su prometida. Aquello tenía que extrañar a Herbert y hacerlo venir a Berlín.

Manteniéndose huraño y rencoroso, comentó Coplan:

—Por el contrario, yo lo ignoraba todo, señor.

—Lo necesitábamos como contrapunto perfecto frente a Willkie, Walt —aclaró sonriendo ampliamente Tower—. La interpretación de usted y de la hermana de Dawson, tenía que ser extraordinaria para disipar cualquier duda en la mente de Herbert. La mejor manera de conseguirlo era que lo ignorasen todo. Siento de veras el daño que he podido causarles, pero comprendan qué tenía que hacerlo para obtener un buen resultado final.

—Y el bribón de Dudley me llevó a aquella casa de los suburbios de Berlín, diciendo que allí podríamos cazar a Hal —recordó con rencor en la entonación Coplan.

—En realidad, Dawson tenía que entrevistarse allí con ellos para recoger las falsas documentaciones. Aunque yo creo que posiblemente les hubiesen sellado los labios. De todas formas, Hal

estuvo en las cercanías sin acercarse demasiado y a nosotros nos interesaba dar a entender que perseguíamos con saña al fugitivo. Para convencer aún más a Willkie y darle confianza en sí mismo.

—Un plan perfecto, señor —reconoció adusto Coplan—. ¿Se dejó atrapar Hal en Varsovia?

—Por supuesto que no. Fue una consecuencia de tener a Willkie infiltrado en nuestras filas. En realidad, hace años que sospechaba una fuga de información en el Departamento. El cautiverio y enamoramiento de Hal ha resultado proverbial para la organización.

—¿Qué ocurrirá ahora con Irina Molouska, señor?

Russell Tower se tomó un tiempo para contestar a su agente.

—Por nuestra parte no encontrará impedimentos para residir con su esposo en los Estados Unidos. Nos ha prestado un gran servicio al colaborar con Dawson. En cuanto a los rusos... supongo que la dejarán en paz. No es la primera vez, ni será la última, que tanto a ellos como a nosotros mismos, nos ha burlado un agente.

Adelantando el busto en el respaldo del asiento, comentó Gail sonriente:

—Tendrá que empezar a urdir un nuevo plan, señor Tower.

El jefe del espionaje norteamericano en los países del telón de acero la miró sin comprender.

—¿Un nuevo plan, señorita Dawson?

—Buscar una colocación burocrática, sin riesgos, para dos de sus mejores agentes de choque —y haciendo una pausa, añadió—: No deseo derramar lágrimas por mi esposo en el futuro.

CAPÍTULO XIV

Tostándose al sol en las calientes arenas de una luminosa playa de Miami, vio Walt Coplan acercársele corriendo a su esposa Gail. Levantó ligeramente la cabeza y entornando los párpados contempló admirado una vez más, el perfecto cuerpo de ella, apenas cubierto por el bikini color malva que lucía.

Meditó complacido en el radical cambio experimentado en Gail durante los últimos días. Ahora se había convertido en una mujer encantadora de fácil sonrisa inundada de pletórica felicidad.

Llegando a su lado, le echó tierra arenosa Gail en el torso desnudo, diciendo con un mohín en el bello rostro:

—Ahora tendrás que meterte en el agua por fuerza, señor aguafiestas. Está deliciosa.

—Tú eres la deliciosa, cariño —replicó Walt sonriente.

Gail se tendió a su lado en la arena y lo besó impulsivamente en los labios.

—Gracias, Walt.

—¿Por qué? He dicho simplemente la verdad.

Después de unos instantes en silencio, preguntó repentinamente Gail poniéndose seria:

—¿No lo echarás de menos, Walt?

—¿El qué, amor mío?

—Ya sabes... —murmuró ella dubitativa—. La emoción del riesgo continuo, en tu profesión es a veces un estímulo correr ciertos peligros. Pasar bruscamente a una oficina... Tower aseguró sonriente que no lo soportaríais Hal y tú. Sus palabras llegaren a molestarme.

Walt curvó los labios sonriendo.

—Todo depende, cariño.

—¿De qué, Walt?

—De que repitas abundantemente lo que acabas de hacer.

—¿Besarte?

—Eso mismo. Los besos continuos de una mujer hermosa como tú pueden conseguir milagros inauditos. Incluso que uno llegue a olvidarse de la emoción del peligro...

Gail no lo dejó concluir.

Echándose encima de él comenzó a poner en práctica la teoría de su esposo, besando sus labios con avidez.

Y Hal e Irina debían sostener una conversación similar mientras jugueteaban en el agua, porque de repente dejaron de jugar y unieron sus bocas en apasionada caricia.

Un viejo pescador que pasaba por allí con su caña al hombro, pensó en que la juventud de hoy día siente cada vez menos respeto por las canas.

Luego encogió los hombros y siguió su camino.

A fin de cuentas eran jóvenes y tenían derecho a desligarse de los problemas que cotidianamente tienen que dilucidar los mayores.

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.